

DESARROLLO A ESCALA HUMANA DESDE LA
PERSPECTIVA DE LA NIÑEZ: UNA VISIÓN
INTEGRADORA DE FAMILIA, ESCUELA, Y BARRIO

Miguel Ángel Moreno Hdez.*

Avance de investigación doctoral sobre Desarrollo y participación de la niñez en contextos empobrecidos: Villa Francisca, escuela y barrio.

Universidad de Sevilla.

RESUMEN

A pesar de que es conocida la interacción entre familia, escuela y entorno social, en relación al desarrollo de la niñez y adolescencia, no se han realizado suficientes esfuerzos de investigación para determinar el modo en que cada una de estas tres instancias se articulan en relación a la otra. En primer lugar, porque la visión de Desarrollo Humano de la que se parte dificulta adoptar esta perspectiva integral y desde los propios sujetos

El presente artículo intenta contribuir a salvar este vacío, identificando, a partir del trabajo de campo en curso en un barrio de Santo Domingo, las estrechas vinculaciones entre la realidad de las familias, la escuela y el barrio, y su potencial o limitaciones para atender las demandas del desarrollo integral a que niños y niñas aspiran.

PALABRAS CLAVE

Desarrollo a Escala Humana, niñez, adolescencia, familia, escuela, barrio, necesidades, satisfactores, cultura de la pobreza.

* Área de Humanidades, INTEC.

Dentro del gran debate acerca de la satisfacción de las necesidades humanas, la Teoría del Desarrollo a Escala Humana (DEH, Max-Neef, 1986, 1993), nos sitúa en un enfoque de desarrollo socialmente responsable, medioambientalmente respetuoso, y económicamente digno, donde, por fin, la economía se encuentra al servicio de las necesidades humanas, y no al revés. El fortalecimiento de la identidad de personas, grupos y comunidades en relación a sus necesidades auténticas, y cómo resolverlas, nos hace más solidarios y menos vulnerables a ser víctimas de las estrategias de dependencia que instrumentalizan nuestras necesidades en función de intereses que nos debilitan, pues, aunque haya personas, grupos o sectores que “crezcan”, también surgen y crecen otros problemas.

Las preocupaciones de esta perspectiva teórica resultan significativas también para el análisis de las necesidades humanas desde la perspectiva de la niñez y adolescencia. Máxime cuando la moderna Doctrina de Derecho inaugurada con la Convención de los Derechos del Niño (1989) amplía la visión de necesidades al instaurar una “tríada”, al mismo nivel, integrada tanto por la Provisión y la Protección, como la Participación, según un conocido esquema.

De la importancia de articular interdisciplinariamente estas tres perspectivas, hablará por sí solo el análisis de la realidad dominicana que integra nuestro análisis, donde estos condicionamientos y enfoques se problematizarán o encontrarán nuevas vías de autenticarse.

Este análisis de la realidad ofrece precisamente algunas paradojas, que reclaman la adopción de articulaciones más completas y complejas que parten de la misma visión de ser humano y de su desarrollo:

- a) El énfasis creciente en la educación de niños/as, jóve-

nes y personas adultas pretende consagrar un derecho inalienable de la persona, a la vez que lo instrumentaliza para convertirnos en “recursos humanos” competitivos en el sistema económico imperante, (que, por cierto, genera mecanismos excluyentes hacia ese derecho).

- b) La ampliación de la participación de distintos sujetos sociales en el reconocimiento de sus derechos económicos, sociales y culturales, entra en contradicción con nuevas formas de exclusión económica que hacen peligrar y anulan la posibilidad de nuevas prácticas sociales.
- c) Los grupos y sujetos excluidos reproducen estrategias competitivas que los convierten a su vez en excluyentes y portavoces del pensamiento hegemónico dominante, como reflejo de las posibilidades de desarrollo integral que les son negadas.

Para comprender a profundidad muchas de las reflexiones desplegadas en relación a los entornos de socialización de la niñez dominicana, y las oportunidades de desarrollo que potencian o limitan, nos parece adecuado ofrecer en forma sintética el marco referencial en el que nos situamos. En el cuadro adjunto, de vital importancia para entender cuanto sigue, se presenta una visión articulada del Desarrollo a Escala Humana, del sistema educativo como ente impulsor de derechos, así como de la Doctrina de Derechos en la que los dos primeros están muy presentes.

Indudablemente, el cuadro luce incompleto, ya que no se integran sendas columnas referidas a familia y contextos, pues en éstos no es frecuente observar intervenciones sistemáticamente diseñadas en relación con el Desarrollo integral

Perspectivas Dimensiones	Desarrollo a Escala Humana	Escuelas inclusivas	Derechos de la niñez Sujetos
Sujetos	Toda persona y grupo ha de identificar y valorizar sus necesidades básicas para gestionar su desarrollo.	Atención a todo niño/a como sujeto de necesidades educativas especiales.	Niño/a sujeto de políticas públicas, y, por tanto, ciudadano aquí y ahora, para participar en la satisfacción de sus necesidades.
Estrategias	Autodiagnósticos grupales y comunitarios para identificar los satisfactores más sinérgicos.	Adaptaciones curriculares para que contenidos y prácticas sean significativos a todos/as.	Medidas de aplicación que involucren a todos los sectores sociales e institucionales en la protección integral.
Metas	Diversidad y autonomía de espacios sociales que posibiliten y profundicen la democracia social, económica y política.	Educación para todos/as, mediante la satisfacción de las necesidades básicas de aprendizaje expresadas de manera diferente en cada sujeto.	Universalización del interés superior del niño como eje de las políticas públicas y prácticas sociales.

Fuente: Creación propia

de la niñez. Incluso en el sistema educativo, que no ofrece una socialización más “importante” que familia y contextos, es difícil aspirar a metas de desarrollo integral, a pesar de su carácter formal, y por ende, intencional.

Una matriz de Desarrollo contextualizada

Para visualizar el desarrollo de la niñez dominicana, nos apoyamos en la misma matriz de Desarrollo a Escala Humana que propone Max-Neef (1993, pp.54-55), con los mismos ele-

mentos que la componen : Necesidades, planteadas según categorías axiológicas (eje vertical), y necesidades planteadas según categorías “existenciales” (eje horizontal) . Lo que se intenta analizar con esta matriz cada vez que se aplica a un contexto (y que el propio autor sugiere y ejemplifica en su obra, según la filosofía del DEH), es la descripción de los “satisfactores” o formas de resolver cada necesidad dada, lo cual varía de acuerdo a las características de cada sujeto y su medio.

El contexto concreto de aplicación de la matriz responde a las características de la cultura popular dominicana enraizada en los sectores empobrecidos, o lo que Jorge **Cela** (1998) define como “cultura de la pobreza”. Estas características comparten rasgos de dominicanidad, no obstante, con expresiones de otros sectores sociales. Muchas de las fuentes de nuestro análisis, beben, pues, tanto de los ensayos sobre identidad dominicana, como de innumerables observaciones y reflexiones del trabajo de campo que realizamos en el sector capitalino de Villa Francisca, desde la escuela *República del Uruguay*. Finalmente, numerosos lectores/as podrán sentirse recogidos en diversas experiencias comunes a todo ciudadano/a de nuestro país, fáciles, por tanto, de objetivar.

Según las instrucciones del propio autor (**Max-Neef**, 1993, p.55), “*la columna del SER registra atributos, personales o colectivos, que se expresan como sustantivos. La columna del TENER registra instituciones, normas, mecanismos, herramientas (no en sentido material), leyes, etc., que pueden ser expresados en una o más palabras. La columna del HACER registra acciones, personales o colectivas que pueden ser expresadas como verbos. La columna del ESTAR registra espacios y ambientes*”. Así pues, esperando haber recogido fielmente el espíritu del autor, pasamos a analizar el desarrollo de la niñez y adolescencia dominicanas desde esta perspectiva ampliada.

Es necesario insistir en que los satisfactores seleccionados responden a potencialidades y valores objetivables en la realidad dominicana, y que de hecho se han convertido en el modo en que muchos seres humanos subliman sus necesidades básicas, aun cuando no nos identifiquemos con dichas formas. Sin entrar en juicio de valor alguno, sería discutible si algunos de los elementos que se ofrecen constituyan más bien lo que Max-Neef denomina “pseudo-satisfactores”, porque *“estimulan una falsa sensación de satisfacción de una necesidad determinada”* (o.c., p.57).

En este sentido, casi la totalidad de los elementos que vamos a ofrecer son sancionados positivamente en el contexto de la cultura popular del que forman parte, lo cual no excluye que existan otras aspiraciones. Como fruto de nuestro análisis será posible, no obstante, tal y como sugiere la rica madeja de articulaciones del DEH, que algunos satisfactores resulten “inhibidores” de otras necesidades (o.c., p.58).

Dada la amplitud del análisis que nos proponemos, numerosos aspectos particulares quedarán forzosamente obviados, mientras que una comprensión integral de la matriz requerirá la lectura detallada de nuestras notas, las cuales intentan complementar aspectos interrelacionados de una columna a otra. En otros casos, es posible que algunos aspectos recuperados en la matriz no sean comentados.

Como no aspiramos al atrevimiento de resultar exhaustivos, ni de lejos, en relación a cierta identificación de la vida dominicana, los cuadros en blanco en la matriz, o con escasos aportes, simplemente testimonian análisis poco consolidados de nuestra parte. Así pues, agradecemos la paciencia y la comprensión de cada lector/a ante las limitaciones o incoherencias que un análisis de la magnitud del que nos proponemos iniciar encierra. Incluso en aquellos cua-

dros de la matriz más repletos de *evidencias* y consenso de la comunidad científica nacional, estaríamos de acuerdo en que siempre resultarán fragmentarios frente al dinamismo de la vida humana.

Desde nuestra modesta experiencia, la radical novedad del enfoque del DEH es comparable, al pretender recuperar el SER, el TENER, el HACER y el ESTAR de una sociedad (o un fragmento de ésta), a la paciente labor, apenas lograda, de establecer el genoma humano, en el campo de las Ciencias Naturales. Por supuesto, el llegar a consensuar una “secuencia” general (si se nos permite el término) relativa a un grupo humano, sólo será la puerta de nuevas aplicaciones y retos.

Visualicemos, pues, este primer aporte en forma de matriz, para pasar luego a su análisis y comentario.

Familia, escuela y barrio en el SER de los niños y niñas

Como puede desprenderse del análisis pormenorizado del cuadro precedente, siempre inconcluso y con elementos tan dinámicos como contradictorios, existe una rica gama de potencialidades y ejecutorias, individuales y colectivas, que configuran la satisfacción de las necesidades de la niñez, en el grado en que es posible en los contextos articulados de la escuela, la familia y el barrio.

Los ámbitos que, a nuestro modo de ver se presentan más cuestionados para su desarrollo pleno, serían los correspondientes a la subsistencia, afecto, creación y libertad, sobre todo como expresiones del *SER* de la persona. Podría conjeturarse que estos ámbitos presentarían lagunas en la niñez y adolescencia, porque también pueden representar déficits en la identidad dominicana.

**DESARROLLO A ESCALA HUMANA ARTICULADO DESDE LA
PERSPECTIVA DE LA NIÑEZ ENTRE ESCUELA-FAMILIA-BARRIO**

SUBSISTENCIA	SER	TENER	HACER	ESTAR
		"Dieta básica RD Comidas en la calle Agua de funditas Rutinas de provisión (acarreo agua...)	"Oficios" caseros (niñas) Limpiar zapatos y otras formas del trabajo infantil Ayuda padres en venta amb. Org. serruchos y rifas en la escuela	Colmado Grandes comercios Habitac., camas compartidas
PROTECCION	Auto-cuidado Familia	Auto-cuidado Familia Vecindario Derechos-Leyes Servicios básicos e infraestruct. mínimas	Organizar Operativos sociales (Estado y ONGs)	Hogar Vecindario organizado frente a Contexto violento (agresiv. verbal, física, sexual) y un Medio físico peligroso (tránsito, hoyos, cables...)
APECTO	Intuición Reproducción	Papá, mamá Familia extensa Amigos/as Profesores/as Auto-estima con LC externo: uniforme, diplomas...	Besar la mano Souvenires Cumpleaños Celeb. Día Madres Org. Angelitos	
ENTENDIMIENTO	Pasión Responsabilidad (Niñas) Expresividad Disfrute como despreocupación	Mascota, lápices, libros de texto TV, nintendo, Cable Canciones géneros populares Acceso diferencial a tecnología cotidiana	Tareas escolares	Lugar para hacer las tareas : sala o patio casa, escolita de patio, biblioteca esc. o barrio Aulas virtuales Colmado: entrada globalizac. al barrio Academias de barrio (Adolescentes)
PARTICIPACION	Versatilidad	Transporte público (carro, motor) : Un Pueblo en movimiento. Y cargado Mobiliario hogar para realizar activ. básicas : lavarse las manos, sentarse a comer...	Oficios caseros Actividades patrióticas Org. Días de colores (esc.) Org. clubes y grupos de poesía coreada, etc. Presentaciones artísticas en TV.	Cumpleaños Grupos de iglesias
OCIO	Diferenciación: frente al otro sexo, frente al haitiano... Incitación al deber moralizante "La basura al safacón"	Juguetes baratos sexistas Domino, baraja adultos Momentos de descanso	Paseos, giras Agarrar peces, macos... Marotear "Caminar" por el barrio Organizar juegos tradicionales y activ. de aire libre	Calle : canchas y plays improvisados Azoteas (Chichiguas) Malecón, Conde, Parque Colón Ózama y zonas de baño no autorizadas Patio-callejón Áreas de juego heladerías y cadenas de comida
CREACION			Elab.juguetes: carritos, aros, chichiguas, cocinaos Arreglo bicicleta	
IDENTIDAD		Publicidad sexista Respeto símbolos patrios y a mayores Cultura campesina sincrética Normas poco consistentes (Nivel micro y macro) Brecha : convivencia entre lo formal e informal, lo oficial y lo popular Creencias mágico-cotidianas	Celebrar los "15" Presentaciones artísticas escolares Ponerme otro nombre como resguardo del "mal de ojo"	Barrio vs. No barrio (ensanches...) Presente vs.pasado (sin huellas)
LIBERTAD				

FUENTE : Creación propia a partir de MAX-NEE (1993, o.c.)

SUBSISTENCIA	SER	TENER	HACER	ESTAR
		Dieta básica RD Comidas en la calle Agua de funditas Rutinas de provisión (acarreo agua...)	"Oficios" caseros (milhas) Limpiar zapatos y otras formas del trabajo infantil Ayuda padres en venta amb. Org. serruchos y rifas en la escuela	Colmado Grandes comercios Habitac. camas compartidas
PROTECCION	Auto-cuidado, Familia	Auto-cuidado Familia Vecindario Derechos-Leyes Servicios básicos e infraestructura, manitas	Organizar Operativos sociales (Estado y ONGs)	Hogar Vecindario organizado frente a Contexto violento (agresiv. verbal, física, sexual) y un Medio físico peligroso (tránsito, hoyos, cables...)
AFFECTO		Papa, mamá Familia extensa Amigos/as Profesores/as Auto-estima con CC exterior: uniforme, diplomas...	Besar la mano Souvenirs Cumpleaños Celeb. Día Madres Org. Angelitos	
EXISTENCIA	Intuición Reproducción	Mascota, lápices, libros de texto TV, mintendo, Cable Canciones géneros populares Acceso diferencial a tecnología cotidiana	Tareas escolares	Lugar para hacer las tareas : sala o patio casa, escuela de patio, biblioteca esc. o barrio Aulas virtuales Colmado: entrada globalización, al barrio Academias de barrio (Adolescentes)
PARTICIPACION	Pasión Responsabilidad (Niñas) Expresividad	Transporte público (carro, moto): Un Pueblo en movimiento. Y cargado Móvil: hogar para realizar actividades básicas : lavarse las manos, sentarse a comer...	Oficios caseros Actividades patrióticas Org. Días de colores (esc.) Org. clubes y grupos de poesía coreada, etc. Presentaciones artísticas en TV.	Cumpleaños Grupos de iglesias
OCIO	Disfrute como desprecupación	Juguetes baratos sexistas Dormir, barana adultos Momentos de descanso	Paseos, giras Agarrar peces, macos... Marotear "Caminar" por el barrio Organizar juegos tradicionales y activ. de aire libre	Calle : canchas y plays improvisados Azoteas (Chichiguas) Malecón, Conde, Parque Colón Ozama y zonas de baño no autorizadas Patio-callejón Áreas de juego heladerías y cadenas de comada
CREACION	Versatilidad		Elab. juguetes: carritos, aros, chichiguas, cremas Arreglo bicicleta	
IDENTIDAD	Diferenciación: frente al otro sexo, frente al haitiano... Inestación al deber moralizante: "La basura al salacón"	Publicidad sexista Respeto símbolos patrios y a mayores Cultura campesina sincretica Normas poco consistentes (Nivel micro y macro) Brecha: convivencia entre lo formal e informal, lo oficial y lo popular Urgencias: "magico-cotidianas"	Celebrar los "15" Presentaciones artísticas escolares Ponerme otro nombre como resguardo del "mal de ojo"	Barrio vs. No barrio (ensanches...) Presente vs. pasado (sin huellas)
LIBERTAD				

Las condiciones del desarrollo socio-histórico nacional nos permitirían afirmar que hay discontinuidades o “vacíos” en la resolución plena de aspectos como subsistencia, protección, afecto, creación y libertad, desde la primera infancia, que se acrisolan en la edad adulta. Como interpretación de lo cual, dejamos conscientemente vacíos los cuadros correspondientes de la matriz utilizada. Se trata de espacios a definir, mas no indefinidos.

El SER de niños, niñas y adolescentes se muestra como los atributos que los definen intensamente como personas. La subsistencia y el afecto se manifiestan para muchos en condiciones de precariedad e inestabilidad tan intensas que dificultan percibirlos como algo inherente al ser humano. En estas condiciones, nuestra visión de Derechos es sustituida por la de coyuntura u oportunidad, donde el “saber buscársela” garantiza los mejores logros. Ni el pan material ni el “pan del afecto” están siempre garantizados, y, cuando, éste no es el caso de uno, la precariedad del entorno convence de lo primero.

Como consecuencia de esto, desde la niñez los sujetos desarrollan actitudes displicentes en lo material, mientras que en lo afectivo manifiestan lo que la dra. Kubler-Ross (1997) entiende como “amor prostituido” : El amor se condiciona a resultar agradable al otro.

Aunque todo lo anterior no es exclusivo de la realidad dominicana, la interacción de los educadores/as con los niños/s y adolescentes, permite constatar esta carencia afectiva, a través de las innumerables situaciones de apego que se reproducen cada día en las aulas. De ahí el importante papel compensatorio de la escuela como espacio de relaciones humanas, así como para devolver esta conciencia a los padres y madres sobre las necesidades afectivas de sus hijos/as. Re-

cientemente, un cartel colocado en la escuela *República del Uruguay*, rezaba así : “Mis mejores amigos son mi familia”. Una mano anónima, posiblemente un/a estudiante, anotó esta otra versión : “(Mis mejores amigos) ...están en la escuela”, resituando la cuestión desde su perspectiva.

Según la encuesta regional del UNICEF, “*La voz de los niños, niñas y adolescentes*” (2000), en un 24% de los hogares dominicanos falta el padre, y la madre en el 5%, lo que en este estudio se vincula al sentimiento de felicidad o no que la niñez y la adolescencia experimenta, junto al clima relacional, comunicación, estilos de crianza, normas de corrección, y presencia o no de violencia. “*Quizá es por eso que lo que pasa en la familia es la principal fuente de preocupación para la población infantil y adolescente entrevistada*” (p.11) . En este sentido, las precariedades en el seno de la familia no la han hecho, sin embargo, perder su papel preponderante, en un entorno social e institucional aún más precario.

De acuerdo a la citada encuesta, “*para el 80% de los encuestados, la madre y el padre son las figuras en las que más confían*” , junto a la Iglesia y los profesores, a mucha distancia del gobierno. Sin embargo, un 20% “*desconfía de todos por igual*” (p.15). “*¿Qué le piden los niños a los adultos? Sobre todo respeto, comprensión, cuidado, protección y buen trato. A eso aspira el 18% en cada categoría. El 13% desea que cambien de carácter. Pero quizá como expresión de la desconfianza, el 15% no pide nada, absolutamente nada*” (p.15).

En este contexto de limitación, en el que los pobres son más vulnerables, entendemos que el auto-cuidado se convierte, desde la perspectiva del SER, en uno de los satisfactores que mejor garantizan la necesidad de **Protección** de niños/as y adolescentes.

La lucha por la subsistencia en ambos progenitores, que

provoca su ausencia del hogar gran parte del día, así como el desigual reparto entre hombres y mujeres de la atención a la familia, socializa a la niñez, desde edades tempranas, en prácticas de auto-cuidado, pues tampoco hay una conciencia cultural de la importancia específica de que los adultos/as brinden un “tiempo para los niños/as”. En estas condiciones, ese tiempo es relleno por la Televisión u otros estímulos, mientras que en la escuela, la masificación de las aulas sume a un gran número de estudiantes en un anonimato que las políticas de atención a la diversidad intentan romper.

Cuando nos referimos a “auto-cuidado” incluimos la atención que los hermanos mayores ejercen (sobre todo las niñas) sobre bebés y pequeños/as a su cargo. En la complejidad del medio urbano, especialmente, este abandono es causa de frecuentes accidentes domésticos, que nos llevan a definir el “abuso por descuido o desatención”, si entendemos a profundidad la necesidad de protección.

Y, de modo más grave, el imperativo de “cuidarse uno” genera un hondo sentimiento de estar solo en un mundo “*vasto y ajeno*” (Samir Amin) sin normas claras, precisas o aplicables.

El modo en que se socializa a la niñez dominicana a conducir su vida, guardaría similitud, en este sentido, con la recomendación de “maneje a la defensiva”, tan extendida en el tránsito rodado. En una gran avenida, recientemente, una guagua “voladora”, a gran velocidad, se ve sorprendida por un camión, más lento, frente a ella, que no porta casi luz trasera alguna, y que resulta, por tanto, casi invisible en la penumbra de la avenida mal iluminada. Una conciencia de peligro – o de Derecho – hace gritar a un pasajero : “¡Cuidado!”, a lo que el chofer, imperturbable, responde, mientras esquiva el obstáculo : “No, cuidado, no. Soy yo el que me cui-

do de no chocarlo”. Ningún comentario a la infracción o irresponsabilidad del otro; más bien alguna broma sobre la “audacia” del infractor. Acto seguido, rebasa a nuestra guagua una motocicleta de la policía también sin luces.

En este contexto, la responsabilidad recíproca no se vincula a los Derechos, sino a la condescendencia, dando la vuelta a la realidad para acabar casi culpando a la víctima de su desgracia por “descuido”. Esto relativiza y confunde el potencial agresivo o la peligrosidad de numerosas situaciones comunes en contextos empobrecidos, ya que, además, son inconsistentes la comunicación y los sistemas de información públicos y privados la respecto.

Respecto a la necesidad de **entendimiento**, el imperativo de la subsistencia cotidiana se relaciona probablemente con el desarrollo de un pensamiento intuitivo que suple las carencias de información o formación para resolver las situaciones de la cotidianidad. La intuición sería así una respuesta a una racionalidad poco estructurada en la familia, la escuela y el medio social: ¿De qué humor llegará hoy a casa el viejo? ¿Recogerá hoy la profe los trabajos asignados? ¿Se dará hoy la clase? ¿Llegará hoy el agua? ¿Pagarán el 30?

Para **Cela** (1998) la estabilidad institucional y emocional “*es muy débil, y generalmente no ha impactado en los hábitos de comportamiento como la constancia, la disciplina, la puntualidad, la coordinación, la planificación*” (p.69), que contribuyen a estructurar el entendimiento de cada persona. “*Mucho más fuerte es la experiencia de la inseguridad de quien está sometido a los azares de la cotidianidad*” (p.69), lo cual, desde nuestro punto de vista, provoca, que, junto a la intuición se potencie un entendimiento reproductivo de rutinas socio-culturales que garantizan el escaso margen de éxito permitido a los sectores excluidos.

Un entendimiento que se construye sin apenas medios y estímulos, sitúa a los sujetos en una convivencia forzada entre el apego a lo seguro, lo conocido (que llega a ser lo socialmente más valorado), y el “olfato” para llegar algún día a dar el “palo” que haga cambiar la situación personal de la noche a la mañana.

Avanzando en nuestro análisis hacia la necesidad de **participación**, los vacíos y discontinuidades ya planteadas (como las carencias afectivas), podrían ayudar a explicar la pasión con la que niños/as y adolescentes participan en actividades que los convierten en protagonistas, sacándolos de la rutina, algo que la escuela dominicana tímidamente comienza a favorecer. Ciertamente, todavía muchas actividades centradas en el protagonismo de niños/as y adolescentes encubren formas de pseudo-participación (el diseño es de los adultos), o son muy reproductivas (presentaciones infantiles de canciones de moda).

Tomando en cuenta la participación también como el Derecho a ser consultados sobre los temas que atañen a la niñez y adolescencia, la escuela dominicana está considerando esta necesidad, a partir de la Reforma educativa de los '90, tal vez con más frecuencia que el ámbito del hogar, donde la exclusión de las decisiones familiares es parte de la incomunicación que reside primero en la propia pareja.

En el ámbito del hogar, sin embargo, la participación de las niñas, asociada a la realización de “oficios caseros”, con más frecuencia que los niños, con toda certeza ha permitido desarrollar un sentido de responsabilidad en aquéllas, que se pone de manifiesto también en la escuela, con muestras de organización más notoria.

Como quiera, el potencial de pasión y expresividad, inherente a la niñez, y en especial a *esta* niñez, cuando participa,

constituye una mina de posibilidades formativas y de motivación, que escuela, hogar y entorno suelen desconocer en la socialización que llevan a cabo. Para Cela (1998), el que las personas de la cultura de la pobreza no sean tenidas en cuenta “*deja un profundo vacío afectivo de necesidad de reconocimiento, de afirmación de su existencia, de su subjetividad*” (p.67), que una genuina satisfacción de la necesidad de participación contribuiría a compensar desde la niñez.

La vivencia de la necesidad de **Ocio**, que tan acertadamente Max-Neef incluye en su jerarquía de necesidades humanas, parece obvia, al tratarse de la niñez y adolescencia. El juego es una mediación necesaria en el ser humano, en sus primeras etapas de vida, no sólo como modelaje, sino también como apertura a la imaginación creadora más vasta. Sin embargo, en diversas sociedades, este espacio no controlado por los adultos, también se ha visto influido por los valores y condiciones dominantes, que afectan al uso de tiempos y espacios, así como el contenido de juegos y juguetes.

Desde la perspectiva del SER, lo que nos parece más importante rescatar es la posibilidad de satisfacer esta necesidad de ocio, mediante su disfrute despreocupado, y esta experiencia es gozable aún por gran número de niños y niñas dominicanos/as de los sectores populares. El disfrute más amplio del espacio de ocio de la niñez como su derecho al juego y a la recreación es uno de los argumentos más utilizados frente a la realidad del trabajo infantil dentro y fuera del hogar, que compromete fuertemente ese Derecho.

Con la pasión participativa a que ya nos hemos referido respecto de la niñez, no es extraño que su actividad primordial, el juego, sea vivido más densamente aún, al abrigo, en la medida de lo posible de toda presión adulta. En este sentido, entendemos que el contexto popular dominicano ofrece a

niños/as y adolescentes una orientación absoluta sobre el sentido de la “despreocupación”, que, a nuestro modo de ver, resulta esencial para *vivir* cabalmente el espacio de ocio.

De algún modo nos atreveríamos a afirmar que el ocio llega a ser algo “sagrado” en la vivencia del trabajador dominicano, especialmente si se trata del hombre, quien no suele asumir oficios domésticos, como su compañera. Tras el horario laboral, muchos trabajadores de vuelta a su contexto barrial, se involucran apasionadamente en el juego, especialmente, del dominó, cartas o algún otro tipo de interacción con iguales, generalmente en el marco de la trilogía colmado-bebida-música.

Para no pecar de esencialistas, abusando de tópicos que devuelven una auto-imagen negativa contra los sectores populares, cabe señalar que las complejidades de los horarios laborales de hoy día (mucho más extendidos), de los pluriempleos (“chiripeos”), de los horarios explotadores de la economía informal (sumergida), entre otros factores impiden que muchos trabajadores se desenvuelvan de este modo. No obstante, podemos entender, que escenas como la descrita en el anterior párrafo son habituales para muchos niños y niñas, más intensamente durante los fines de semana.

Lejos de cualquier análisis moralizante, tan al uso, y dejando momentáneamente de lado los necesarios análisis de clase y de género, esta visión del ocio en plena calle, tal vez encierra una filosofía de vida ineludible para quien se sabe (aunque no lo proclame), excluido de oportunidades reales de “superación” material, así como enajenado del control de los medios de producción y de los beneficios de lo que trabaja. Dicho de otro modo, haga lo que haga, el pobre siempre seguirá j... Vale más, pues, disfrutar el momento que es todo lo que se posee. En una sociedad tan autoritaria, cuando es tan

poco aquello de lo que uno se puede responsabilizar, por poco merece la pena “moverse” : los hijos, la familia...y bajo situaciones muy concretas.

En este sentido, **Veloz Maggiolo** (2002, p.134) vincula el arragio popular del disfrute del juego a una estructura social “*que aprovecha el ocio en actividades no productivas y en las que el mayor mecanismo para producir es el azar*”, en clara alusión a la vertiente del ocio que acaba albergando un fin lucrativo, mediatizado (no sería el caso de las apuestas sobre los espectáculos deportivos masivos, rifas y loterías) por la competencia en naipes, dados, dominós, etc.

Esta capacidad de “gozar”, tan, inmediatista resulta una socialización de primer orden para los niños, especialmente varones de los sectores populares, lo que multiplica la capacidad innata de la niñez para disfrutar su ocio. Si observamos, la niñez y adolescencia de los sectores más acomodados, donde se desarrolla una atención más consciente, es innegable que, al igual que las personas adultas, se desenvuelven, en muchas ocasiones, en circuitos de uso del tiempo y los medios tan planificados, que se pierde gran parte de la espontaneidad infantil.

Esta espontaneidad, es en suma, el valor y satisfactor que entendemos que la niñez nos modela y que reivindica el sentido de la despreocupación, término al que se le ha atribuido una connotación peyorativa, en una sociedad que basa su máxima realización en la acumulación de excedentes mal distribuidos. Aunque hemos basado nuestro análisis en la radical división de ocio y trabajo en la cultura popular dominicana, esta subversión de valores capitalistas llega más lejos incluso en el cotidiano afán comercial de un sector como Villa Francisca.

En cualquier esquina del masificado entorno de la aveni-

da Duarte, mientras los grandes almacenes amasan sin parar millones en ventas, no es difícil observar a un par de vendedores ambulantes concentrados en medio del bullicio, en un juego de dominó o cartas, haciendo más jugosa la espera de un cliente. Otras veces el *impasse* se manifiesta en los inverosímiles lugares que encuentra el cuerpo para tenderse tras la comida del mediodía. Algunos de estos trabajadores se han levantado casi de madrugada, y partido de lejanos puntos del extrarradio para organizar su mercancía de cada jornada, y a la altura del mediodía aún les restan muchas horas por delante. Están al frente de un "negocito" que no cuenta con turnos de trabajadores que permitan seguir vendiendo sin cerrar para disfrutar el derecho a la "hora de almuerzo".

Estas geniales "excentricidades", afirman así el sentido del ocio frente al "negocio", cuya etimología latina remite a *nec utium*, traducible al castellano como "no ocio".

La satisfacción de la necesidad de **creación**, desde la perspectiva del SER de la niñez dominicana, tiene en el contexto adulto patrones de socialización que enfatizan la extraordinaria versatilidad de formas de afrontar las situaciones de la vida cotidiana. La creatividad a que nos referimos posiblemente ostente un perfil cognitivo limitado, pero un potencial de adaptación muy especializado, en un contexto de escasos recursos.

Como versatilidad, los niños y niñas aprenden que un mismo objeto puede ser reutilizado "creativamente" de formas diversas, pudiendo satisfacerse también aspectos de afecto e identidad ligados a la apariencia, lo formal y la auto-estima.

Tal es el papel del popular colorante "Wiki-wiki", que devuelve a un pantalón jean el aspecto de nuevo, que tanto se cotiza en las relaciones interpersonales. O la utilización como divisiones entre patios de las extrañas láminas de goma hora-

dadas, como desechos de las fábricas de calisos (chancletas). Pero el ejemplo más extremo del uso versátil de la creatividad pudimos apreciarlo en un carro público, repleto de increíbles transformaciones, que había restaurado el techo mediante una plancha de plástico de las utilizadas para forrar suelos. El sentido del objeto se había transformado sin que importara grandemente la relación entre significado y significante.

Esta peculiaridad sería debida, a nuestro modo de ver, no sólo por las mil caras de la necesidad, sino por la debilidad de referentes de identidad que otorguen un significado muy denso a miles de artefactos y elementos culturales del patrimonio universal, al menos occidental.

Por eso no hay límite ni extrañeza a las más variadas combinaciones de nombres, desvinculados de sus referentes originarios. Nombres griegos como Yocasta pueden unirse a otro anglosajón como Jennifer, mientras que un personaje histórico como Hitler puede ver restaurado su apellido (como nombre), junto al tradicional Antonio (O Stalin con Rafael). Indudablemente, la sonoridad del nombre sobrepasa a cualquier dato histórico. Otras veces el sentido, puramente se crea : De una mamá Norma y de un papá Fermín, puede surgir el nombre de Norismín para una hija. Otras veces, dos hermanos gemelos pueden ver asentada su identidad diferenciada en una sola letra : Gemerlin y Yemerlin.

Esta es la complejidad y riqueza de socialización que envuelve en un continuum familia-escuela-barrio la construcción de **identidad** de la niñez y adolescencia dominicana.

Pero referinos a esta necesidad humana tan fundante (Identidad), tan concreta como ambigua en su objetivación obliga, más que, respecto a otras necesidades comentadas, a un ejercicio de selección y parcialidad. Y esto, tanto por la complejidad de toda cultura y lo procesual de su construc-

ción, como por lo emergente aún, en el caso del SER dominicano/a, de esta identidad, como atestigua una temática, pródiga en alusiones, pero escasa en bibliografía documentada.

Desde nuestra perspectiva, el aspecto más interesante a abordar, de cara a analizar la socialización de la identidad en niños/as y adolescentes, tiene que ver con que esa socialización se satisface a partir de la diferenciación frente al otro, con especial énfasis en los aspectos de género y etnia. Como plantea **Zaiter** (1998, p.554), *“la identidad social se construye y se asume, social e históricamente, a través de la participación social y la socialización. Este proceso es complejo y está pautado por las contradicciones entre grupos y posiciones sociales. Se realiza al compás de antagonizar e integrar”*.

Para entenderse el SER de un niño, o de una niña, uno y otra han de mirarse en el espejo que recíprocamente representan : el niño es quien no ostenta los atributos de una niña, y, al revés. Esto que de modo natural, se produce en toda socialización, se exagera y distorsiona en muchas culturas, producto de manipulaciones de género. El peso de los atributos externos gana terreno, y, sobre todo la competencia entre sexos, que garantiza un papel preponderante a los varones.

Los roles están fuertemente marcados en el SER niño o niña (“varón” o “hembra”), a través de prácticas socialmente rígidas, como el color de los vestidos de niños o niñas, el corte y estilo de pelo, los oficios domésticos, así como los juegos. Los modelos adultos para estos niños/as moldean a la perfección lo que también aprendieron rígidamente de pequeños/as, ya que se educa a la mujer para “agradar al hombre”, de modo que exagera sus atributos de feminidad, mientras que el hombre exagera sus atributos de virilidad de “conquistador”.

Precisamente, en un contexto tan rígido, la no extraña ausencia de un papá resta en ocasiones ese modelo, lo que es asociado a veces a la génesis de expresiones homosexuales, de complejo encaje en una sociedad machista que las niega.

La evolución social, que incluye reivindicaciones a favor de la igualdad de género y el impacto de costumbres que aportan los emigrantes, no hacen estático este panorama de socialización, tal y como se aprecia, especialmente desde hace una década, entre los adolescentes, que, como los adolescentes de muchas épocas, gustan de sentirse diferentes frente a lo establecido, como afirmación de su identidad.

¿Se han dado cuenta las escuelas de esta evolución social, o de su aporte al cambio de esquemas rígidos de socialización de género? Aunque la mayor parte de las escuelas están ya conformadas en República Dominicana por mujeres, entre estudiantes y sobre todo, docentes, razones conocidas en una sociedad patriarcal permiten reproducir una socialización muy diferenciada.

Posiblemente lo que sucede también en el barrio, se refleja en el patio de una escuela : Como muestra, niños y niñas suelen jugar separados, sin que tampoco existan estrategias de juegos cooperativos que minimicen esta situación. En el aula, de modo espontáneo e inducido, las “hembras” y “varones” se agrupan entre sí, es difícil ver niñas con uniforme de pantalón (en vez de con falda) y hay un gran énfasis (cuyo descuido se critica) en enseñar a la niña la “postura correcta de sentarse”. Desde el punto de vista de los adolescentes, la represión contra los aretes (pendientes) es absoluta e innegociable. A las adolescentes también se les reprime que se maquillen, eludiendo así toda consideración al atractivo natural a esa edad, y, por tanto, el abordaje de una educación sexual contextualizada.

Como en otros casos, la escuela no obstante, tiende a favorecer una convivencia fruto de encarnar la institucionalidad del Estado de Derecho y su tendencia neutral. En el contexto de los hogares y del barrio, la segregación entre sexos aparece más marcada, estimulada desde la primera infancia y reforzada a partir de la adolescencia, como comentaremos más adelante.

Una socialización integral de género necesariamente tendría que enfatizar lo que nos identifica y une como seres humanos, para favorecer una comprensión de la diversidad del otro/a, que siempre existe. Es el camino inverso de afirmación.

Respecto a la diferenciación con base étnica, su abordaje supondría un trabajo similar, considerando que implica fuertes condicionantes socio-históricos. Tal y como ya se ha mencionado (Álvarez y otros, 2000), la dominicanidad hunde sus raíces en una “conciencia mulata desgarrada”, por lo que el factor mulato predominante es enseñado a ser sub-estimado desde la más tierna infancia. Como reconoce Zaiter (1998, p.554) , *“la dificultad para aceptarnos a nosotros mismos conlleva la no asunción del mestizaje (...) considerado como algo que se debe negar, que se debe ocultar y al cual se desprecia. La no aceptación del mestizaje, con sus consecuentes encubrimientos, se presenta como un comportamiento social que no sólo implica rechazarnos a nosotros mismos, sino que conlleva la imposibilidad de asumirnos”*.

A pesar de la exaltación de ciertos atributos físicos del mulato/a (ser “trigueño” de color), existe una conexión entre el color más claro de piel y la auto-estima, lo cual se asocia desde la niñez a otras formas de diferenciación, con claros prejuicios respecto a la identidad nacional y la clase social :

- a) Se exalta a los blancos y a lo extranjero, mientras se desprecia al negro por “haitiano”.

- b) Reciben valoración diferente las regiones de población más blanca frente a las de población más negra, especialmente próximas a Haití.
- c) Se interioriza la imagen de éxito social que los mass media reproducen de familias de clase alta abrumadoramente blancas.

A pesar de los avances en la sociedad dominicana para respetar, tolerar y/o valorar la negritud, el papel de los medios de comunicación, responsables de gran parte de la socialización de niños/as y adolescentes, es determinante para satisfacer la necesidad de identidad de modo parcial, a partir de recetas y modelos foráneos, tal y como es habitual en las conocidas tele-novelas, donde los personajes negros ocupan puestos de segundo orden.

Otro aspecto relativo al SER de niños/as y adolescentes, en lo que atañe a su identidad, aparece reflejado en una socialización que incita permanentemente al cumplimiento del deber, y que acaba convirtiéndose en un formalismo, en una sociedad que no brinda los medios para ello, y donde los Derechos no ofrecen el contrapeso debido a los pretendidos deberes.

La identidad, por tanto, se construye así declarativamente, y a través de la capacidad de formularse. Los lemas abundan y se aprenden, como el que cualquier niño o niña reproduce respecto a la higiene, y que reza así : “La basura al safacón”. Sin embargo, en muchos lugares de Santo Domingo, es casi imposible encontrar un safacón, y la recogida de basura es a veces inestable.

No obstante la incoherencia social que esto implica, el énfasis en lo declarativo entendemos que posiblemente refuerza una identidad donde, al menos teóricamente, se intentan

exaltar valores objetivamente sanos para el Desarrollo humano: respeto a los mayores, convivencia con los vecinos, ayuda al necesitado, higiene y ornato, etc. A pesar de todo su envoltorio tradicional, en una sociedad crecientemente compleja, la apelación a estos valores, aun mezclados con otros discriminatorios, enarbola la defensa de “lo bueno”, que tan sencillo resulta de entender para los más pequeños/as.

Buena prueba de ello lo constituyen los resultados de la encuesta nacional *El país que queremos* (1998), en las respuestas de niños/as y adolescentes respecto a lo que hay que hacer para que el país sea como se quiere : Estudiar más, cuidar la naturaleza, vivir sin vicios, paz (no violencia), derechos y deberes sociales, respeto a las leyes, valores morales y personales (obediencia, honestidad, amor...), limpieza, etc.

Como ésta y otras consultas a la niñez y adolescencia han puesto de manifiesto la nobleza de sus propuestas, en un contexto social fragmentario e incoherente, entedemos que la niñez y adolescencia dominicanas ostentan, a nivel declarativo, un nivel de esperanza más acusado que sus homólogos de otras naciones.

Familia, escuela y barrio en el TENER de los niños y niñas

¿Es mucho o poco lo que un niño o niña dominicana, “tiene” para resolver su vida? La teoría del Desarrollo a Escala Humana amplía este rango de posibilidades, aun para los sectores más empobrecidos, al no ceñirse exclusivamente a una comprensión material de este “tener”.

En primer lugar, lo que la propia Subsistencia nos revela, denota la pobreza de una dieta básica, conocida como “banderita”, al estar interada (como los colores de la bandera nacional) por tres elementos: Arroz, habichuelas y carne,

con algún leve acompañamiento de ensalada. Las cantidades de cada producto hacen que la ingesta de carbohidratos sea superior a la de proteínas. La dieta de muchas familias dominicanas es deficitaria en cuanto a las vitaminas de frutas y verduras, coincidiendo tanto su alto costo como hábitos gastronómicos.

Siendo la comida del mediodía la única que se realiza más formalmente, y que implica interrupción de actividades y reposo, las condiciones de muchas familias descuidan o minimizan el desayuno o la cena. Especialmente en el caso de la niñez, las consecuencias de iniciar la jornada con escasa ingesta alimenticia, en un marco de un 6% nacional de desnutrición infantil (*Informe Desarrollo Humano, PNUD2000*), se han asociado a un bajo rendimiento escolar, lo que a su vez motivó a introducir el “desayuno escolar” como estímulo a la educación básica.

El desenvolvimiento de los niños, niñas y adolescentes, como el de gran parte

de los adultos dominicanos/as intenta compensar lo que en la casa no se ingiere, a través de comidas callejeras : Empanadas, pastelitos, yaniqueques, kipes, chicharrón, maní..., que son sólo algunos de los productos habituales en las cercanías y rutas de los centros educativos. Por supuesto, la venta ambulante, que contribuye a resolver esta necesidad de subsistencia cotidiana, forma parte también de una “cultura de la calle” en la que se socializan miles de niños y niñas. La avenida Duarte, en Villa Francisca, y sus calles aledañas es un fiel exponente de esto.

A pesar de lo ya anotado sobre la dieta básica y sus limitaciones, un recurso del medio ofrece un gran aporte en este contexto de carencias. Tanto desde el hogar, como desde la calle, a través de la venta ambulante, la ingesta de algunas

frutas como las chinas, y, en su época, los mangos (entre las más populares entre niños/as), supone una oferta de calidad sancionada positivamente por la cultura y la costumbre. Además, la venta detallada de piezas de fruta (o partes), facilita el acceso a esta fuente de vitaminas, cuyo costo, como el de las hortalizas, es alto para las economías familiares, aunque muy por debajo de carne y pescado.

Es habitual observar en cualquier calle y hogar que una china partida por la mitad sea ofrecida a compartir por una mamá, entre dos hermanitos, entreteniéndolo el hambre, o saboreando esta golosina natural, tal vez de un modo más sano que muchos chicos/as de clase alta que tienen a su alcance otras opciones más caras, pero también más artificiales.

En la calle, también los más pequeños/as encuentran otro elemento de consumo habitual, ligado a la subsistencia cotidiana: las “funditas” (bolsas plásticas) de agua, cuya comercialización, en medio de numerosas denuncias sobre sus condiciones higiénicas, se popularizó a mediados de la década de los 90. Nada resume mejor la precariedad de la subsistencia dominicana que el hecho de la comercialización tan detallada de un elemento tan clave para la subsistencia como el agua, que en los hogares se suele ya consumir a través del conocido “botellón”, o recipiente plástico de 5 galones (18.9 litros).

El acceso al agua es parte de una de las rutinas de subsistencia más conocidas por la niñez y adolescencia de los sectores populares, en un país donde sólo un 51% de la población utiliza un acceso a una fuente de agua potable “segura” (Encuesta MICS UNICEF/ ONAPLAN, 2001). Generalmente, la distribución de los “oficios” (tareas) caseros hace recaer en mujeres y niños el pesado acarreo de galones (recipientes de unos cinco litros de capacidad), o el cuidado del

llenado de depósitos caseros mediante una manguera o bomba mecánica. En el caso de patios de vecinos o “cuarterías”, la procedencia de esta agua en muchas ocasiones es algún tipo de abertura en la tubería de suministro general que cruza frente a la puerta del hogar. Es necesario estar pendiente de la hora, generalmente inter-diaria, a la que llega el “preciado líquido”.

Cuando esto sucede, un gran trasiego se produce en el barrio, tanto de los vecinos que han de dar varios viajes a la fuente de agua, como de los aguadores que la reparten en su carretilla manual. En este trasiego, los niños y niñas suelen ser protagonistas de numerosas interacciones.

La extensión de servicios e infraestructuras básicas nos introduce en el ámbito de la Protección que el Estado brinda a sus ciudadanos. Aunque las inversiones del Estado, en cada gobierno, priorizan las infraestructuras viales y otras, como las edificaciones escolares, dado su componente electoral, los grandes ejes de protección ligados a Salud, que engloba el acceso citado al agua, o a la resolución del problema energético del país, continúan sin resolverse, aunque el suministro de agua y luz haya mejorado.

Pero una visión más exigente de lo que “Protección” significa, ha de remitirnos indudablemente a la calidad de los servicios que se ofertan, y a la calidad de la gestión que permite mantener la primera. En este sentido, cabe constatar que las estadísticas son incapaces aún de registrar estos aspectos que afectan el bienestar de la niñez gravemente. Se piensa que basta con la edificación de un centro médico o educativo, pero es mucho más costoso, al vez que sinérgico, garantizar el equipamiento y funcionamiento más completo de cada servicio. No obstante, las condiciones de precariedad de las familias dominicanas son en muchas ocasiones tan espan-

tosas, que es imposible que dejen de valorar cualquier inversión gubernamental en infraestructura.

Siendo República Dominicana uno de los países que suscribió con más prontitud la Convención Internacional de los Derechos del Niño (1991), ya en en 1994 se promulga el Código de Protección a niños, niñas y adolescentes, al que prosiguió en 1997 la Ley contra la Violencia intrafamiliar. También en el 2001 República Dominicana suscribe el tratado 182 de la OIT sobre Erradicación del rabajo Infantil, lo que activa mecanismos de la Sociedad Civil y el Estado en esta línea, así como frente a la Explotación sexual y comercial (ESC) de niños, niñas y adolescentes. De este modo, otra “infraestructura”, en este caso jurídica, se va articulando para garantizar la protección de la niñez dominicana, cuyos indicadores de abuso, según el Informe sobre la situación de la niñez dominicana, presentado en el 2000 por ONGs del país a las Naciones Unidas, suponen un 45% (abuso físico) , 39% (abuso psicológico) , y 33% (abuso sexual).

No obstante este esfuerzo legislativo, la mayor garantía de protección a la niñez y adolescencia reside tanto en la aplicabilidad de las leyes como en la implicación comunitaria de las personas adultas. En este sentido, el entorno de personas adultas que rodean a los niños, niñas y adolescentes en los barrios, articulados entre la familia de pertenencia y el vecindario, constituye un importante eslabón de atención y cuidado, al heredar el sentido de hermandad y solidaridad inter-familias de la cultura dominicana tradicional. Esta “vigilancia” comunitaria, que se confunde también con el control social, contribuye a paliar el déficit que supone la desestructuración familiar provocada por separaciones conyugales u horarios de trabajo.

Es frecuente por ello, ver escolares que son recogidos del

plantel educativo por abuelas, parientes o vecinos que están estudiando en cursos más altos, o vecinas que recogen a sus propios hijos/as. Tal vez muchos de ellos están atendidos por estos vecinos o parientes hasta que los recoge su madre o padre. Las condiciones actuales de hacinamiento, masificación y complejidades de los barrios más empobrecidos hacen más complicado ejercer este control social, que no obstante, se mantiene, en el entorno donde el niño o niña son “conocidos”.

La protección más efectiva de la niñez y adolescencia remite a la existencia de vínculos sólidos de Afecto que suelen involucrar primordialmente a la figura paterna y materna, así como a la familia extensa, amigos/as, vecinos/as y profesores/as. A pesar de la carencia que evidenciamos en este punto, al analizar el SER de la niñez dominicana, la convivencia en un grupo familiar nutrido (Según la encuesta EN-DESA'96 el tamaño familiar promedio es de 4.3 miembros) multiplica las oportunidades de interacción y apegos. Los niños y niñas se socializan en un medio familiar que se constituye, salvo situaciones de riesgo, en un contexto de identidad y estabilidad emocional básico, en un contexto social donde esos vínculos primarios entre las personas se debilitan.

Sin embargo, la misma cultura popular que ha transmitido tan alto sentido de la familia, ha reproducido patrones machistas y de comunicación que mediatizan el desarrollo pleno de la necesidad de afecto. Es muy notorio, en este sentido, el calor, dedicación y entusiasmo que las familias, incluso los hombres, otorgan a los recién nacidos/as. Hasta sus dos primeros años, los bebés reciben numerosas muestras de afecto y reconocimiento, que empezarán a aminorar al final de la primera infancia, para hacerse a veces casi inexistentes en los largos años hasta la pubertad, y en la adolescencia, donde, paradójicamente, la necesidad afectiva es más fuerte.

Situaciones hoy día más frecuentes, como los hogares donde conviven hijos/as de diferentes matrimonios, hacen, además, más conflictivo el desarrollo de la afectividad basada en los citados parámetros tradicionales. En este “reparto” de afectos, la mujer es una vez más la que asume la mayor responsabilidad, pues, como nos recuerda Cela (1998, p.74) “*la madre de familia tiende a fortalecer los nexos de esta unidad familiar matrifocal como su defensa para el futuro*” . Sin la cooperación responsable, en muchas ocasiones de un cónyuge a su lado, la mujer deposita altas expectativas en la responsabilidad actual y futura de los hijos, y sobre todo, las hijas, respecto al hogar.

Los hijos e hijas tendrán más posibilidad de reconocer el papel insustituible de una madre para garantizar la subsistencia, aunque los varones siguen recibiendo el modelo de que la responsabilidad familiar “no es cosa de hombres”. Como varones al fin, también recibirán menos muestras de cariño que sus hermanas, por lo que crecerán con ese resentimiento o añoranza, respecto de una figura paterna que a veces no evoluciona en su imaginario infantil.

Un desarrollo afectivo desigual conlleva implicaciones a la auto-estima que la psicología ha estudiado ampliamente (Palacios, 1998), al relacionarla con el *Locus of Control* (LC), o núcleo del psiquismo desde donde se “genera” el sentimiento de auto-estima : LC (“lugar de control”) interno, o LC externo, que es casi decir una auto-estima más dependiente de factores externos, o más de factores internos al individuo. Con importantes implicaciones para el desarrollo de una personalidad insegura, muchas de las carencias afectivas, o de reconocimiento, de los y las dominicanas, especialmente de los sectores populares, se compensan con la exageración de atributos externos que aluden a éxito, belleza, status económico.

Desde la primera infancia, muchos aditamentos a la socialización acaban convirtiéndose en lo más importante. No hay por ejemplo, una educación completa, sin uniforme, diploma y graduación, aunque estos atributos externos no se relacionen con la calidad real de la formación recibida. Pero ahí es que los niños, niñas y adolescentes son reconocidos/as, pues *“la posesión de ciertos objetos se convierte entonces en una forma de afirmarse en un mundo en el que se sienten ignorados o incluso rechazados”* (Cela, 1998, p.64), en alusión al origen económico o étnico, fundamentalmente.

El énfasis en lo externo, al adentrarnos en la necesidad humana de Entendimiento, nos remite a una Educación en la que apenas cada estudiante tiene su mascota, su lápiz y su libro de texto, como insumos materiales para el aprendizaje. Todo ello envuelto en una mochila de moda, que una vez más, rinde más culto a lo externo.

Una visita a la mayor parte de nuestras escuelas, liceos públicos y gran número de centros privados nos hace llamar la atención acerca de la pobreza de estímulos que tienen los y las estudiantes que contribuyan a retos cognitivos de altura. De todos modos los medios escasos son parte de una pedagogía que tampoco ofrece grandes alicientes más allá de la reproducción curricular. Desde sus paredes, hasta sus espacios, los centros educativos ostentan posibilidades desaprovechadas : murales informativos sin uso, bibliotecas desorganizadas o sin obras infantiles...

De seguro que este/a estudiante, mal pertrechado para enfrentarse a la tarea de construir una imagen de sí mismo/a y del mundo a través de la educación formal, tampoco tiene mejores estímulos, en hogares donde los libros brillan por su ausencia, o son elementos decorativos o residuales.

En los hogares dominicanos, en cambio, cualquier niño/a

o adolescente sí tiene el más fácil acceso a los contenidos predominantes en televisión, que contribuyen a construir un entendimiento que hace más sumisos a los sectores populares de los que forman parte estos niños y niñas. Los valores predominantes pertenecen a otra clase social a la que se desea imitar, y con la que desde pequeños/as, se acaban identificando, con la ilusión del “ascenso social”. Los comerciales dominicanos manejan a la perfección los intereses de los sectores populares, lo que a veces simplifica sus aspiraciones, y otras las idealiza.

Estas aspiraciones “inducidas” son reforzadas en el diario vivir de la niñez y adolescencia dominicanas, que, especialmente en el hogar, en el barrio y en el transporte público, es oyente, activo o pasivo de canciones de modas según los ritmos más populares : baladas, merengues, salsas, y bachatas, sobre todo. Los y las adolescentes también son consumidores habituales de música *reggae*, cuyos contenidos suelen ser más contextualizados a ese público más restringido. Esta mediación cultural es indudable que marca una impronta de comprensión de la realidad, pues la música popular está presente hasta a la hora de realizar la tarea escolar. Sin embargo, el sistema educativo no suele tomar como objeto de análisis y formación la mediación que realización radio y TV, sino que más bien la excluye en el mundo “serio y formal” de escuelas y liceos.

La irrupción de la TV por cable, captada ilegalmente en muchos casos, ha ampliado las posibilidades de consumo de TV, aunque la falta de formación al respecto amplía simplemente las posibilidades de ser alienado. Tal es el caso de los “muñequitos” (dibujos animados) de consumo infantil, con tono violento creciente.

En lugares especializados de los barrios (“clubes”), o tam-

bién en hogares, los niños, niñas y adolescentes acceden a juegos de *play station* o “nintendos”, que se apoyan en la misma estructura reproductiva de los dibujos animados, sin que el medio virtual se aproveche para retos cognitivos mayores. Igual sucede en el uso de *softwares* y el acceso a internet, algo, sin embargo, aún lejano en los sectores populares, aunque ya forme parte de su imaginario postmoderno.

A pesar de que el consumismo ha popularizado la tecnología en la vida cotidiana, ésta todavía sigue siendo todavía para miles de dominicanos/as, una imagen de la publicidad, siendo los “aparatos” más extendidos, incluso en las familias más pobres, aquéllos que tienen mejor sanción social, ligada a su uso y a su ostentación : equipos de música, televisión, y celulares. A esta situación también contribuyen la cercanía de Estados Unidos y el papel de la emigración.

Estas son las mediaciones tecnológicas habituales para miles de dominicanos y dominicanas, ciertemente “deslumbrados/as” por artículos de consumo impensables hace una década. Sin embargo, estos apenas destellos, dificultan darse cuenta de la existencia de un acceso diferencial a la tecnología, como reflejo de una sociedad dual y de una economía neoliberal que acrecienta la brecha tecnológica a escala planetaria.

Un buen ejemplo de ello, y del entendimiento que un niño o niña dominicano construye frente a su homólogo norteamericano o europeo, lo consituyen las lavadoras. No es hasta una fecha tan reciente como mediados de los 90, que se populariza su adquisición en los sectores populares, empezando a competir con el lavado a mano. Pero la lavadora más popularizada es la semi-automática, que sólo sustituye parcialmente el trabajo humano, pues implica extraer la ropa para un enjuague manual. Sin embargo, este tipo de lavadora hace más de treinta años que en España por ejemplo, dejaron de utilizarse.

Como explicación de este desfase tecnológico, no sólo existen razones comerciales, sino de las posibilidades que brindan las precarias infraestructuras de agua y luz de los hogares. En el país se comercializan lavadoras automáticas, pero tienen un costo, tamaño y consumo de agua que las hace inviables en muchos hogares populares dominicanos.

De este modo, estando nuestro ejemplo referido a un utensilio doméstico, ya de bajo perfil tecnológico, es fácil entender, nunca mejor dicho, las implicaciones para el desarrollo cognitivo de este acceso diferencial a la tecnología al referirnos a tecnologías especializadas que serían necesarias en Educación, Salud, Obras públicas...

Un “acceso diferencial” tiene implicaciones respecto a la Participación de la niñez y adolescencia dominicana, al situarlos como usuarios/as de servicios y bienes de escaso relieve para las exigencias de la vida actual, y para la que se aspira a formar a las generaciones jóvenes.

El transporte público es uno de los testimonios más palpables de la obligación de caminar a una velocidad diferente. El transporte público es uno de los medios de socialización más habituales de la mayor parte de los niños/as y adolescentes dominicanos/as, pues aún es elevado el número de familias que carece de vehículo propio. Esto nos ofrece una imagen habitual de familias completas abordando las incómodas y hacinadas guaguas de rutas que se dirigen a la periferia y barrios. Otras veces, parte de la familia, una mamá, tal vez, con dos hijos pequeños/as, se aprietan en el espacio de un “motoconcho” (moto-taxi), tan populares en muchas esquinas.

Las imágenes de esta odisea cotidiana nos hablan de un pueblo cargado y siempre en movimiento. A veces son bultos, a veces son niños pequeños/as, muchos de barrios del

extra-radio de Santo Domingo, con pocas posibilidades de salir de su patio o su calle, por lo cual los largos y lentos desplazamientos al centro de una ciudad tan extensa como Santo Domingo, representan una gran oportunidad de empezar a conocer otros entornos. Esta mediación socio-cognitiva, no suele ser retroalimentada en los hogares y escuelas, o sistematizada, de modo que años después muchas personas adultas siguen desplazándose junto a calles cuyos nombres desconocen, lugares de los que no se sienten parte, o espacios que no identifican en un plano urbano.

La precariedad del transporte público, por supuesto, es sólo un reflejo de la precariedad de los restantes ámbitos de socialización de la niñez y adolescencia, que tan gravemente comprometen su acceso a la realidad. Los hogares, tanto como las escuelas, son deficitarios del mobiliario que es necesario tener y *aprender a usar* para el desenvolvimiento de las funciones básicas de la vida. En las escuelas suelen haber lava-manos, pero, ¿de qué sirven, si no hay agua en la llave para utilizarlos? Como en muchos hogares, la necesidad se resuelve tomando el agua del tanque o depósito portátil donde se almacena, lo que dificulta enormemente la tarea para los más pequeños/as. Para éstos precisamente, que más necesitan cuidar extremar su higiene, su participación en el Derecho a la Salud se ve limitada por estas mediaciones materiales.

En otros casos, la estrechez del hogar o la ausencia de una mesa o asiento a su altura dificulta que el niño o niñas se sienten a la mesa a la hora de comer, restándole la posibilidad de aprendizaje de una destreza tan básica.

De este modo nos resulta más fácil entender por qué los hábitos que resultan indispensables para ejercer la participación a la que da Derecho actualmente la legislación educativa en las escuelas, así como el desarrollo de actividades en

conjunto con el resto de los compañeros/as, están comprometidos por este acceso diferencial a medios de la vida cotidiana que no implican el esfuerzo de organización y discriminación mental que todo desarrollo humano provee.

Escuchar, concentrarse, tomar la palabra, etc., requieren también el cultivo de destrezas psico-motoras desde la primera infancia, para las cuales a veces no existe oportunidad. Repartir algún presente, o convocar a una actividad al aire libre puede provocar un tumulto de manitas extendidas y cuerpos que se atropellan, que años después intentará resolverse con cursillos de “Etiqueta y protocolo”.

Los insumos materiales para el Ocio de la niñez dominicana son también limitados, y el “tener” se circunscribe a los enseres de niñez que conocemos como juguetes. La precariedad de éstos en los sectores populares hace que lo más importante probablemente que los niños y niñas tengan para resolver su necesidad de ocio, sean las experiencias en sí de juegos diversos, generalmente al aire libre.

Los juguetes que predominan en los barrios suelen ser baratos y estereotipados, lo cual incluye una fuerte discriminación de género. Junto a esto, son populares todo tipo de juguetes bélicos y personajes violentos de TV de la programación infantil. La presencia de los juguetes en los sectores populares es más evidente en el período puntual de la Navidad, al aproximarse los Reyes, con su apéndice de la “Vieja Belén”, una fantástica señora que llega a dejar sus juegos a los hogares de los más pobres, ...cuyos padres no tuvieron en los días de Reyes tal vez dinero suficiente. En la época navideña, junto a los grandes almacenes, surgen cientos de puestos de venta ambulante de juguetes “para hembras y varones”, muchos de ellos de escasa calidad, seguridad y estética.

Una indagación realizada la noche de Reyes del 2003 en las

inmediaciones del Parque Enriquillo de Villa Francisca, nos permitió identificar los siguientes tipos de:

Juguetes para “varones”	Juguetes para “hembras”
Automóviles : Carro de policía, de bomberos, de carreras, del ejército, ambulancia, “yipeta”, “cepillo”	De cocina : Calderitos, platos, sartén, cubiertos, estufas, refrigerador, vasos, carrito de supermercado...
Medios de transporte : Guagua, bote, barquito, helicóptero, avión, motocicleta	De belleza : Peine, secador, cepillo, pinta labios, espejitos, colorete, ganchitos de pelo, blower, uñas postizas...
Equipos de construcción : Camioneta, tractor, grúa, pala mecánica, patana, rodillo, retrocavadoras, volteo	Muñecas y accesorios : Médica, cantante, proferora, veterinaria, bailarina, “Mi nene”, corralito, cochecito, cunita, andador
Juegos de exterior : Bicicleta, patineta, bate, guante, pelota de beisbol, raqueta de tenis, pelota de baloncesto, juego de playa, trompos	Juegos al aire libre : Yac, sogá de saltar , pin pon
Juegos de mesa y de pensar : Parchís, ajedrez, parchís chino, “Monopoly”, rompecabezas	Accesorios de estilo : Pulsera, cadenita, aretes, carteras, collar, anillos, lentes, reloj, celular, beeper
Muñequitos : <i>Teletubbys</i> , indios y vaqueros, bomberos, policías, obreros de construcción	Mobiliario de hogar : Juego de salita, silla/mesa, maquina de coser, teléfono, lamparita
Bélicos : Muñecos de pelea, super-héroes, robot, ametralladoras, pistolas 38 y 45, pistolitas de agua	Musicales : Piano, flauta, maraca, guitarra, tambora, guitarrita, micrófono...
Otros : Celular, “walkie-talkie”, set de “doctor”	Otros : Set de veterinaria.

Aunque algunos juguetes musicales, de aire libre, de mesa o de pensar, son comunes a ambos sexos, es cierto que las que hemos recogido son las tendencias de regalo más comunes de padres a hijos. Realmente sobran palabras para insistir en la impronta socializadora que tienen los juguetes, según el cuadro precedente, con estereotipos muy marcados que se

desprenden desde la primera infancia : “Varones”, con un mayor rango de actividades a disfrutar, con más contacto con el aire libre y “virilidad”. “Hembras” encerradas en casa, con juegos de hogar y poco pensar.

En cualquier caso, para ambos sexos, es notoria la ausencia de juegos didácticos, de diversa complejidad, así como cuentos infantiles.

Esta avalancha de estereotipos enlatados, no obstante, dura poco, pues, como, es obvio, pronto se deterioran, sin que haya una gran capacidad económica en las familias para reemplazarlos. Además, los escasos recursos han de repartirse entre varios hermanos, lo que permite que no sean tantos los regalos que se reciben.

En los hogares, como en las escuelas, como en los barrios, no hay lugares específicos para los juguetes, lo cual denota tanto las precariedades a las que nos referimos insistentemente, como la dificultad tanto para comprender la importancia de que los niños/as disfruten de espacios específicos, así como del juguete en sí. De hecho, es tradicional que algunos juguetes vistosos, muñecas, peluches... queden colgados de exhibición y hasta envueltos en su celofán (Por eso, un conocido artículo de Jorge Cela sobre el cambio educativo se titula *Que la muñeca baje al patio*)

Este conjunto de percepciones se conjuga con el hacinaamiento de los hogares para que en éstos los niños y niñas no tengan espacios definidos para sus juegos (considerado algo sin importancia por los adultos), y tampoco en las aulas, ni mucho menos en ludotecas escolares o comunitarias. Después de los Reyes se permite a los niños y niñas más pequeños/as que lleven un día a la escuela sus juguetes, pero después de esta fecha las escuelas permanecen cerradas para este importante componente de la identidad infantil.

Por eso el resto del año niños y niñas vuelven a sus juegos tradicionales al aire libre, y también participan de juegos adultos muy populares, como dominó y baraja de cartas.

Aspiramos, pues, a que llegue el día en que el acceso que cada niño/a tiene a los juguetes a que tiene acceso cada niño/a (sin entrar en otras consideraciones cualitativas) forme parte de los Indicadores de Desarrollo Humano.

Toda esta brecha entre lo formal e informal acaba siendo parte de la identidad de dominicanos y dominicanas, quienes acaban haciendo convivir, desde su niñez y adolescencia, estos dos niveles. A nivel material, los atributos de la formalidad son tan abrumadores como los de la informalidad. Aunque el discurso dominante enseña a reconocer sólo lo formal, las personas se manejan según los dictados de lo informal, obviado pero practicado.

Los ejemplos son tan numerosos que abarcan todos los estratos de la sociedad y la vida cotidiana. Uno de los momentos cimeros de la exaltación de lo formal tiene lugar en torno al Mes de la Patria (febrero) y todos los símbolos patrios, que en la perspectiva del TENER constituye uno de los ejes externos más notables de construcción de identidad. En la escuela más pobre, el acto de bandera intenta llevarse a cabo con la mayor solemnidad, lo cual redundará en aspectos de auto-estima que ya hemos analizado en estas mismas líneas.

En torno a los símbolos patrios se teje una mística de respeto que se comparte con el respeto a los Padres de la Patria, y a los mayores. En muchas ocasiones, estas expresiones de respeto se estancan en lo declarativo, sin dar el salto cognitivo a entender que el Amor a la Patria ha de inflamar cada instante de la vida del ciudadano/a.

Un excelente ejemplo de esta convivencia entre lo formal

y lo informal abre las páginas de un relato de **Veloz Magglio** (1998, p.1), que refleja una escena familiar en cualquier barrio : *“El camión de la basura (...) era un camión azul, con puertas casi destartadas en las que podía leerse : ‘Este vehículo pertenece a la ciudad, trátelo bien’. Pero al parecer los habitantes de la ciudad no habían comprendido el mensaje. Ciertamente, porque era viejo, había sido destinado a recoger desperdicios en los barrios más pobres, (...) entre calles estrechas, niños pobres, mujeres que vendían frutos en grandes canastas colocadas sobre la cabeza, y transeúntes mal vestidos o vestidos para ir a realizar trabajos de obrero (...) o bien vendedor ambulante ”*. De inmediato, el autor insiste en esta forzada convivencia de lo formal y lo informal, diciendo del chofer del camión que *“llevaba nombre de general y de libertador : se llamaba Bolívar, y fumaba un gran tabaco, un habano hecho por él mismo...”*

La escuela o el liceo, que son el “reino” de lo formal, fortalece esta identidad “simbiótica”, mucho más a partir de la transformación curricular, que ha exagerado la distancia entre el Discurso y la práctica. Así, se promueve la participación de niños/as y adolescentes, pero el/la docente sigue teniendo la última palabra; se insiste en la salud e higiene, aunque los/as estudiantes adquieran su merienda a través de la reja de la escuela, sin control sanitario alguno; se hace de la puntualidad un absoluto, pero tanto adultos como pequeños/as llegan tarde habitualmente; se evita “perder clase” en actividades consideradas extra-escolares, aunque se “despache” a veces por cualquier motivo...

En los hogares esta convivencia entre lo formal y lo informal también es habitual, desde el nombre del acta y el nombre real (tal vez como “resguardo” al mal de ojo), pasando por las titulaciones y su contenido real, especialmente para los y las jóvenes fracasados/as o insatisfechos del sistema formal de

educación. Como muestra, un maestro hace unos años excusaba su participación a una reunión, ya que ese día era su graduación de “químico” en una academia de un barrio. Con ese pretencioso título, se había en realidad capacitado en mezclas de componentes de productos de belleza (*rinse*, champú, desodorante...) muy demandados en los sectores populares, y cuya venta seguramente le proporcionaría mejor entrada económica que su sueldo como docente. Así, la necesidad y lo informal se eleva de status.

Paralela a esta convivencia entre lo formal y lo informal, niños/as y adolescentes empiezan a socializarse en un contexto de escuela, familia y barrio donde las normas, pautas y límites tienen fronteras difusas o inconsistentes de aplicación. A veces, mientras más se exagera el cumplimiento de una norma, menor capacidad se despliega para valorar su logro, o sancionar su falta. La necesidad de límites claros se sitúa, entonces, frente a conductas que aprenden a valerse de la manipulación, como muestra de una personalidad que se construye insegura.

Como ya se ha reseñado en todo nuestro análisis, los niños/as y adolescentes reproducen de diversas formas situaciones que son muy evidentes en su entorno adulto. La relación profesional en la escuela no transparenta regirse por un consenso de reglas pre-definidas, la relación de pareja en el hogar y de padres a hijos proclama reglas que alguno de sus miembros suele incumplir, los representantes de la Ley y el orden del Estado son los primeros que incumplen las normativas.

Más allá del barrio, los ejemplos hunden sus raíces en lo más hondo de la estructura social : la publicidad sexista convive con los llamados a la igualdad de género, la corrupción es atacada mientras se mantiene en la impunidad a sus

ejecutores/as, y las empresas públicas y privadas exigen a la población el pago de servicios que no suministran, o que suministran deficientemente.

Tratándose de identidad, y asumiendo que su consideración implica la articulación de diversas identidades, la convivencia entre lo formal y lo informal constituye desde la perspectiva del Desarrollo a Escala Humana un potencial de resistencia de identidades excluidas, pero que están en la base de la identidad nacional.

Un ejemplo de ello, sería la cultura campesina y sus valores tradicionales, insertos, a veces sin transición alguna, en los hábitos y costumbres de los barrios de Santo Domingo, vía las familias que han emigrado del campo hace décadas, pero que no han encontrado un contexto material que justifique el cambio a otros parámetros de vida. Así, muchas de las pautas de crianza barrial de niños/as y adolescentes, poco distan de las que recibieron sus padres hacen décadas.

Pese a todo ello, un contexto urbano más complejo, unido a otros aportes emergentes, contribuye a aportar una nueva fase de sincretismo a la cultura dominicana.

Familia, escuela y barrio en el HACER de los niños y niñas

Tratándose de la niñez y adolescencia, el “hacer” nos remite a una categoría íntimamente ligada a su desarrollo evolutivo, pues, como sabemos, la comprensión del medio que le rodea sólo es posible al operativizar su relación con él. Dicho de otro modo, el niño/a, aprende haciendo, y ésta es la base de todas las “pedagogías activas”.

En las condiciones de precariedad que ya hemos descrito, la **subsistencia** familiar implica que el trabajo de los niños,

niñas y adolescentes ostenta un alto valor económico, a la vez que aporta un esquema de socialización en la obtención del sustento futuro, que, en un alto porcentaje de sujetos, la formación escolar no logrará modificar.

Por una parte, como ya se ha señalado, el hogar está plagado de rutinas domésticas ligadas a la subsistencia, y que recaen mayormente en las niñas.

En la presentación de la más reciente investigación que aborda el trabajo infantil doméstico (TID), Carmen Julia Gómez, de CIPAF, *“destacó que la pista más contundente de la magnitud del trabajo infantil doméstico proviene de los datos preliminares de la Encuesta Nacional de Trabajo Infantil (ENTI-2000), según la cual, en el país hay 48 mil trabajadores infantiles domésticos. “La ocupación predominante en niños, niñas y adolescentes del país, entre 5 y 17 años, es la de servicios personales y entre éstos, los de mayor peso son los servicios de criados y sirvientes domésticos, que representan un 11 punto dos por ciento”* (Listín Diario, 3/2/03).

Respecto a las tareas más reportadas según este mismo estudio (2002), en Santo Domingo se reportan las siguientes : limpiar (94.8%), lavar ropa (63.4%), fregar (92.4%), hacer mandados (86.6%), barrer (88.4%), y botar basura (72.7%). Menos citadas, pero presentes, son las actividades de Cuidar niños (45.9%), cocinar (50.6%), planchar (33.7%), y buscar agua (28.5%).

El valor económico de este trabajo redundante directamente en el adulto/a que no realiza estas tareas, bien porque está fuera del hogar desempeñando otro empleo remunerado, o porque se ahorra contratar a otra persona como trabajadora doméstica. Según el citado estudio, sólo un 33.7% de los niños/as y adolescentes involucrados/as recibe remunera-

ción, a cambio del alto costo de oportunidad de ver afectada su escolarización.

En el caso de los niños y adolescentes el trabajo doméstico suele ser sustituido por el trabajo en la calle más frecuentemente; bien solo, en compañía de iguales, o acompañando y ayudando a su padre en la venta ambulante. Sólo en este último caso existe cierta protección a la presencia laboral de la niñez dominicana en la calle. En solitario, la actividad laboral más popular de niños y adolescentes suele ser la de limpiabotas. También forman parte abundantemente de la búsqueda de la vida en semáforos como limpia-vidrios, así como en venta de todo tipo de productos.

El descuido del hogar y la escuela también los lanza a la actividad laboral prematura como “aprendices” en talleres, donde muchas veces su vulnerabilidad los convierte realmente en burros de carga. No obstante lo dicho, la dureza del trabajo infantil urbano no es comparable probablemente a la explotación y exposición a situaciones de riesgo que se han documentado ampliamente (Grullón, 1999, Polanco, 2001).

Otras actividades en el contexto del barrio son indudablemente las menos riesgosas para niños y niñas, pues se circunscriben a un dominio de situación y escenarios. Como recoge Polanco (2001, p. 50), en el contexto de los barrios que circundan la Ciénaga, muchas niñas *“además de vender palomitas, helado, esquimalitos, gelatina, gofio, hielo, y otros artículos, casi todas rifan. Cuando hay escasez de agua cargan cubiertas y galones por paga. Algunas van de puerta en puerta pidiendo ropa a cambio de una pieza de cerámica”*.

En el caso de Villa Francisca, el apoyo al inmenso sector de venta ambulante en el entorno de la avenida Duarte, constituye una “jornada extra” para los niños después que salen de la escuela. En este mismo espacio educativo, algunas de las

destrezas de supervivencia aprendidas en la calle son también ensayadas, como cuando se organizan rifas y “serruchos” (juntar dinero entre todos/as), con la finalidad de disfrutar de algún bien o servicio que en este caso el Estado no surte. De este modo, también desde la escuela se socializa el niño/a en el aprendizaje de que la satisfacción de necesidades básicas supone un “hacer” para “buscársela”.

La distancia entre la resolución de las necesidades básicas y los incumplimientos del Estado genera un déficit de **Protección** que parcialmente cubren los operativos coyunturales del mismo Estado, así como los programas y operativos de las ONGs. En ellos los niños y niñas son más bien objeto que sujeto de acciones de asistencia social, especialmente en las acciones más coyunturales : Operativos de salud bucal, operativos de salud visual, repartos de juguetes, aunque algunas de estas acciones motorizan facetas del hacer que se enmarcan en el Bienestar social. Sería el caso de las donaciones de lentes y bicicletas que realiza en algunos momentos la Secretaría de Educación, y que favorece que los/as beneficiados se relacionen mucho más activamente con su medio.

Las ONGs suelen contribuir a la protección de la niñez y la adolescencia brindando posibilidades alternativas de tipo ocupacional, que en casi todas las políticas de reducción de pobreza familiar, suponen, o bien , subvencionar el acceso a la escuela pública, o bien, ofrecer promover aprendizajes y cursos técnicos (electricidad, automoción, belleza, decoración...)

La extrema necesidad de las familias de los niños/as y adolescentes que trabajan en la calle ha hecho convencer a algunas ONGs de que, si bien, no siempre es posible evitar el trabajo infantil, éste puede ser acompañado y monitoreado como política efectiva de protección. Tal es el caso de

“Aprendices con Don Bosco”, que ha optado por identificar situaciones de riesgo laboral para la niñez, de cara a su denuncia pública, así como en favorecer una especialización que haga más competitivo el desempeño de niños y niñas trabajadores/as. Esta aproximación desde diferentes perspectivas a la realidad del niño/a trabajador/a resulta imprescindible en un país donde sólo en Santo Domingo y ciudades principales se estima que estén trabajando informalmente unos 50,000 en las calles, según estudio de la OIT. *“La mayoría de ellos vive en hogares con ingresos que no superan los RD\$1,000 al mes”* (Polanco, 2001, o.c., pp. 48-49).

A medio camino entre la protección y el **Afecto**, muchos niños y niñas se muestran bien activos para mantener vigente la satisfacción de una necesidad cuya fragilidad ya hemos analizado referida al SER. Por supuesto, la necesidad de “ganarse” el afecto, más o menos ligada a la percepción de una auto-estima con un lugar de control externo, permite la perpetuación de diferentes manifestaciones de afecto a lo largo del año, con gran lujo de detalles.

Tal vez el más modesto de todos los rituales sea a la vez el que más hondamente establece los lazos necesarios entre afecto y protección. Los niños y niñas desde muy pequeños/as son educados en “besar la mano” a sus mayores, una práctica repleta de un contenido simbólico que entra a formar parte de la identidad afectiva de los sujetos. El protocolo discursivo de la acción reza así : “Bendición (*cion*), madre” (o padre, o tía, etc.), y se utiliza muy especialmente respecto a “madrinas” y “padrinos”. No obstante, la magia y alegría con que los niños y niñas se acostumbran a “besar la mano”, ésta, como otras costumbres de la identidad tradicional dominicana, ha perdido la rigidez del pasado reciente. En algunos casos, las propias madres reclaman “lo que es suyo”:

— Bese la mano a mami...

— ¡ Ción, mami !

A pesar de la constancia de esta práctica, otras más vistosas involucran la capacidad de mostrar y recibir afecto, y articulan numerosas destrezas de planificación y ejecución, bajo parámetros muy reproductivos. Nos referimos a la organización de cumpleaños y angelitos, así como la celebración del Día de las Madres durante el mes de mayo. Todos estos eventos sociales suponen un fuerte espaldarazo a la autoestima de niños/as y adolescentes, y, cuando se celebran, aun en las familias más modestas, se intenta garantizar la máxima vistosidad. Los niños suelen ser los auxiliares en este tipo de encuentros familiares y vecinales para hacer “souvenires” (recuerdos artísticos) y “guindalezas” (colgaduras de papel).

Posiblemente sea en la escuela donde este tipo de actividades alcance más complejidad, al permitir que los niños/as y adolescentes participen desde la propia planificación y búsqueda de recursos, especialmente en los “angelitos” (amigo secreto). Estas actividades son de las más valoradas por los niños y niñas, ya que permiten una ruptura con la monotonía oficial de los centros educativos, tolerando expresar los afectos y desplegar toda la fantasía posible.

El papel que para la afectividad, tal vez carenciada, presentan estas actividades se pone de manifiesto en el celo y dedicación con el que los/as empleados de muchas empresas públicas y privadas (tal vez no tan eficientes en otros desempeños) planifican y preparan cumpleaños y angelitos, así como reconocimientos especiales (a las madres, a las secretarías...). También desde la escuela los niños/as y adolescentes se involucran en la realización de presentes manuales para sus madres y otras figuras de apego, en fechas señaladas.

La posibilidad de que la escuela satisfaga del modo más exigente posible la necesidad de **Entendimiento**, resulta muy limitada desde la perspectiva del HACER a las escasas mediaciones de aprendizaje que el sistema educativo dominicano público estimula. A falta de casi todo tipo de recursos de aprendizaje, la realización de “tareas” se convierte en la acción o esfuerzo de aprendizaje más importante.

Considerando las posibilidades evolutivas de niños/as y adolescentes, así como los estímulos socio-culturales del medio, en gran medida, la importancia que se le concede a la ejecución de tareas, como “relleno” reproductivo de interrogantes de bajo perfil cognitivo, condena a los/as estudiantes a un aprendizaje más lento.

El efecto reproductivo de la acción, cierta, de los/as estudiantes se refuerza con una interacción de aula que no activa procesos mentales complejos. Para Valera et al (2001, p.67), *“el saber responder se convierte en el indicador de aprendizaje, independientemente de cómo se responda, quiénes respondan, y que proceso se desarrolle en ello (...) Las intervenciones de los maestros no facilitan el razonamiento, análisis, síntesis y demás procesos mentales que favorecen la construcción de conocimientos. Se hacen preguntas cerradas, respuestas que no se vinculan con las preguntas ni se retoman, y preguntas que quedan sin respuestas”*.

La observación que estas autoras realizaron en diversas escuelas del país, les permitió identificar situaciones de aprendizaje repetitivo, memorístico, acumulativo, empirista, marcado y matizado por el libro de texto, asociado a la capacidad de respuestas verbales y a la disciplina, a la velocidad, a la no ocurrencia de errores, así como la colaboración de los padres (Valera et al, 2001, pp. 64-69).

En este marco, se comprende que la seguridad que a estu-

diantes y docentes otorga la “mascota” (cuaderno) escolar, como registro “confiable y verificable” de la actividad y progreso de cada estudiante, sea reforzada otorgando un amplio tiempo de cada jornada de clase a la revisión (corrección), de esta prueba material del “hacer”.

Esta alianza entre escasos recursos y escasas expectativas de aprendizaje se pone de manifiesto en la reproducción de contenidos que, con leves variaciones, se acumulan año tras año en temas considerados básicos en la socialización escolar. Así, a modo de ejemplo, el tratamiento de la apasionante figura del prócer de la Independencia Nacional, Juan Pablo Duarte, suele repetir prácticamente los mismos tópicos y superficialidades desde 1er grado hasta el octavo, variando tan sólo la gama de aplicaciones del hacer de los estudiantes al respecto, según su edad y capacidad (poesía coreada, cartel, album, acróstico...)

Todo esto resulta coherente con lo que ya afirmamos en la columna del SER respecto al “estatus” reproductivo de que se reviste la satisfacción de la necesidad humana de Entendimiento.

Este contexto de aprendizaje tan reproductivo en contenidos curriculares ligados a la identidad nacional, con claro matiz esencialista, propicia, sin embargo, los mayores niveles de **Participación** en niños/as y adolescentes escolares, tal vez por el interés en garantizar una socialización “patriótica” (o nacionalista) . Por eso, las viejas “recetas” participativas se renuevan año tras año a través de las marchas, las ofrendas florales, los actividades artísticas y de poesía coreada... Todas estas actividades entusiasman tanto a los/as estudiantes como a los/as docentes, siendo esta forma de participación la que otorga muchas veces al sistema educativo la vistosidad que de otro modo no consigue.

Para Trilla y Novella (2001, pp.4-8), este tipo de participación no pasaría de considerarse como a) simple o tal vez b) consultiva, los dos niveles menos complejos de involucramiento. En el primero “*se trata de responder con mayor o menor efusividad a un estímulo externo*”, mientras que en el segundo a los/as estudiantes “*se les alienta a opinar, proponer o valorar y se facilitan canales para ello*”.

En la medida en que la planificación de estas actividades curricularmente “tradicional” involucren más a los/as estudiantes en diferentes etapas de su concepción y ejecución, podríamos decir que se está accediendo a niveles más complejos de participación.

A pesar de que el hacer “participativo” de los/as estudiantes sea utilizado por los centros educativos en competencias deportivas, de gimnasia, ferias artísticas y científicas, etc., para el lucimiento y prestigio del Centro, el protagonismo de clubes y comités escolares contribuye a hacer más formativa esa participación, ya que los eventos se constituyen en manifestación de un trabajo estructural y permanente. Tal podría decirse de otros esfuerzos que aglutinan a los/as estudiantes en pos de algún fin significativo para el colectivo, como la organización de “Días de colores” (Actividades recreativas con costo y sin uniforme en el recinto de la escuela).

El impulso de estructuras participativas en las escuelas reviste, como quiera especial importancia, después de más de una década de postración de los históricos clubes barriales que formaron a una gran número de jóvenes y adultos del hoy a través de las luchas socio-políticas.

Socialmente, este componente “vistoso” de participación, por más simple que nos parezca, es aprovechado también en la búsqueda de ascenso social, a través de la participación de niños/as y adolescentes en presentaciones artísticas en TV.

Tal es el caso de algunos/as pequeños/as de Villa Francisca, para quienes su salida al aire frente a las cámaras imitando a algún cantante de moda, representa un importante refuerzo a su autoestima.

En el ámbito más “cerrado” del hogar, es importante considerar el potencial participativo que ostenta la obligada y desigual carga del trabajo doméstico. Aunque también aquí nos encontraríamos ante un tipo de participación simple (y raramente consultiva), en un contexto tan limitante, la posibilidad del hacer que brindan los “oficios” domésticos, es valorada posiblemente como oportunidad de auto-realización y de demostrar la propia valía. Así interpretaríamos el testimonio de una niña entrevistada (Polanco, 2001, p.51), cuando se le pregunta con qué se divierte : *“Me gusta hacer oficio. Arreglar la cama y barrer, lo hago todo lo día ante de irme pa’la escuela. Ahora estoy aprendiendo a cocinar. Ya sé freir plátano, huevo y queso”*.

La situación del trabajo doméstico de las niñas las sitúa en condiciones más complicadas en gran número de ocasiones para satisfacer a plenitud su necesidad de **Ocio**, para lo cual también los niños tienen más ventajas, al no hallarse sujetos a ritmos y normas tan estrictas. No obstante, niños y niñas comparten, a pesar de los ritmos diferenciados, la intensidad de goce del ocio.

Una de las escenas más frecuentes en los barrios de Santo Domingo es la de un grupo de niños “caminando” por sus calles. El disfrute de estar juntos, de ir a visitar los patios donde viven otros amiguitos, de detenerse a presenciar y comentar juntos alguna situación, o la práctica de alguno de sus juegos favoritos, permite rellenar tardes enteras con rumbo más o menos definido. “Caminar” se convierte en la experiencia de apropiación simbólica del limitado espacio de las calles

cercanas, lo que para un niño se convierte en toda una hazaña. Esto es lo que las niñas tienen más restringido.

No obstante, “caminar” tiene también connotaciones despectivas hoy día, ya que la peligrosidad en los barrios (tránsito, agresiones...) hace percibir como desatención el que un niño dedique gran parte de su tarde a estar en la calle, empezando a ser etiquetado como “tíguere” que no se sujeta a horario ni mandato familiar. Estas etiquetas son las que se suelen retroalimentar de situaciones de escaso rendimiento u otras dificultades escolares.

Las actividades tradicionales de ocio de los niños, especialmente en los sectores donde aún hay elementos de medio ambiente natural, son tan simples como apasionantes : agarrar macos (sapos), peces, marotear (tumbar frutos como mangos), etc., donde sólo el mero placer de hacer justifica cada actividad.

Veloz Maggiolo (2002, pp.147-186), en su recopilación de los juegos tradicionales de la ciudad de Santo Domingo, describe hasta 29 juegos diferentes de niños y de niñas, muchos de los cuales son perfectamente identificables aún hoy : el trompo, la chichigua (cometa), bolas, las escondidas o pisá colá, el aro, el caballito, juegos de ronda como el gato y el ratón, el topao, trúcamelo, bitilla (variante popular del beisbol), el pañuelo, la “mamá pegona”... Muchos de estos juegos se comparten también en los patios de recreo de las escuelas.

Todas estas opciones ocupacionales tienen denominadores comunes. Como todos los juegos infantiles populares, no requieren equipamiento especial, por lo que muchos de ellos fueron especialmente “juegos de pobres”, pudiéndose improvisar en cualquier esquina un área de juego, excepto en los lugares donde ya el excesivo tránsito lo impide. Por otra parte,

a pesar de su simplicidad, todos estos juegos tienen rituales o protocolos que obligan a equilibrar la lógica competitividad con la sujeción a reglas comunes y actitudes cooperativas, lo cual no quiere decir que, como en todo juego, la violencia no surja en cualquier momento.

Como testimonio del aporte infantil a la preservación de la identidad cultural, Veloz Maggiolo (2002, p.150), se remonta a la Era de Trujillo, en la que se mantuvo *“la visión comunitaria del juego, y los espacios callejeros y rurales permitieron, a rajatablas, la continuidad de formas ya desarrolladas, en las cuales, como se ha señalado no sólo el juguete tenía una importancia plena, sino el entorno y la parte cultural infantil que rodea al mismo. Había ritualidades heredadas, nomenclaturas que nunca los muchachos reclamaron como propias y que eran la herencia cultural infantil de épocas distantes”*.

Estos protocolos de juego se han convertido en fuente de ejercitación de destrezas que hacen de los juegos tradicionales satisfactorios sinérgicos, al decir de Max-Neef, en la medida en que, a la vez que resuelven la necesidad de ocio, contribuyen a resolver otras necesidades, como identidad, participación, afecto y entendimiento, e incluso subsistencia, ya que contribuyen tanto al desarrollo psico-motor, a través de la ejercitación física, como al desarrollo cognitivo y socio-emocional, mediante la sujeción a reglas colectivas, e interacción entre iguales.

Paralelo a todas estas prácticas en las cuales “mandan” los niños/as, también han surgido de parte de los adultos/as algunas opciones de ocio en los sectores populares, condicionadas por las dificultades de transporte público y distancia de los espacios naturales o de recreación pública. Los paseos, así como las giras, son las oportunidades para muchos niños

y niñas (y adultos/as) de conocer parajes naturales del país, así como de salir de la rutina del barrio, o simplemente gozar un día de playa o río.

En este caso, el desconocimiento de las características de los lugares de baño, los descuidos, así como el no saber nadar, compromete seriamente la necesidad de protección, provocando numerosas muertes por ahogamiento.

Desde la escuela, también los paseos se han convertido en una alternativa de ocio y formación, aunque generalmente las salidas son más breves (a veces, el espacio de la tanda escolar) y a lugares del mismo casco urbano, como monumentos, museos, parques, ferias, etc.

La **creatividad** que finalmente encontramos ligada al SER de la niñez dominicana como versatilidad, en la perspectiva del HACER nos resulta limitada y potenciada a la vez por la escasez de recursos para la transformación del medio cotidiano. Como extensión de la satisfacción de la necesidad (o derecho) al juego, uno de los aspectos más llamativos de la creatividad de la niñez lo constituye la fabricación de juguetes, con materiales *ex profeso*, o como adaptación de objetos de desecho.

Este tipo de reciclaje lo ejemplifica el uso de un aro viejo de bicicleta para el juego del mismo nombre, sin otro aditamento más que hacerlo girar. Para hacer “cocinaos”, las niñas combinan calderitos y ollitas adquiridos como juguetes baratos en el comercio, con piedrecitas, grama, y todo lo que dé una idea de que ahí se está sazonando un rico guiso. El escenario de esta creativa cocina puede ser la puerta de la casa, el patio o algún parquecito cercano.

No importa lo elemental del objeto que entre a formar parte de la estructura de juego, donde cobra un nuevo sentido.

Un delgado palo de escoba y una liviana tapa plana de botellón adquieren la capacidad, en el ya mencionado juego de “bitilla”, de representar nada más y nada menos a un bate de beisbol profesional, así como a la rotunda pelota. Indudablemente, los miles de lanzamientos diarios de “bitilla” en las calles de Santo Domingo, constituyen alardes de precisión que convierten a los barrios de la ciudad en una inmensa cantera de futuras estrellas del deporte rey dominicano.

En otros casos, la elaboración de juguetes es más compleja y desafía las ofertas de la industria multinacional. Todavía es posible ver en Santo Domingo carritos confeccionados con cajas de jugos de cartón. En las versiones más tradicionales incluso, las ruedas eran el fruto redondo y plano de un árbol, que hoy ya no siempre se encuentra.

Más cerca de la adolescencia, la fabricación de chichiguas y reparación de bicicletas constituyen dos de las destrezas creativas más comunes, que implican además el perfeccionamiento de la destreza de manejo de ambos juegos. Tal y como reseñamos anteriormente, las niñas suelen estar al margen de estas diversiones.

Las actividades de Educación Artística en las escuelas, muy dirigidas hacia la confección de objetos decorativos de acuerdo a cánones estéticos populares, están extendiendo este uso creativo de recursos del medio, como la cáscara de coco como “pantalla” de lámpara. Sin embargo, la distancia que existe entre la educación formal y el juego, pierde también la oportunidad de integrar los saberes que aún detentan los niños/as en relación a la fabricación de juguetes.

Todas las capacidades del HACER que han sido analizadas de cara a la satisfacción de cada necesidad humana, adquieren su máxima complejidad en relación a la construcción de la propia **identidad**. Es posible que algunos aspectos

tos, ya comentados, acerca de la tensión entre lo formal e informal, así como la afirmación de los propio mediante la reproducción de la tradición, nos ayuden a entender que para muchos niños/as y adolescentes, la identidad se percibe (porque así se les presenta), más como algo dado, que en construcción dialéctica.

¿ Encierran algunas expresiones adolescentes (como el popular “reegee”) potencial de cambio cultural ? No es posible al respecto establecer juicios superficiales, máxime en una cultura sincrética donde conviven la postmodernidad y la tradición tan convenientemente. En este sentido, además, lo que formalmente se sanciona como correcto también ejerce su influencia, especialmente en los sectores populares donde el revestimiento formal satisface una necesidad de auto-estima.

Las presentaciones artísticas de canto y poesía de los certámenes escolares se parecen más a los de hace varias décadas, que a las expresiones de los/as jóvenes del medio circundante, que las instituciones educativas ignoran, aun cuando muchas veces el sonido de reegee, bachata, salsa, o merengue, entre a la escuela por la ventana .

Algunos de los pocos eventos sociales tolerados formalmente a adolescentes de ambos sexos, ponen de manifiesto de algún modo estas situaciones “híbridas”, que de todas formas no suelen tener mayores consecuencias en transformar condiciones concretas de vida.

La celebración de los 15 años en los sectores populares, en las familias que pueden hacer un esfuerzo para costear una ostentosa recepción, constituye una curiosa combinación de elementos tradicionales con cierto protagonismo de los y las adolescentes participantes. Mientras más solemne es la recepción, más atenta la mirada adulta a las adolescentes cuya

“presentación en sociedad” se celebra. Sin embargo, éstos/as tienen ahí un espacio para interactuar, aunque es mayor la libertad en la organización de las actividades junto a la promoción de estudiantes que celebra graduación de estudios, con igual componente de reconocimiento social .

Las expresiones del HACER relacionadas con la identidad de los y las adolescentes reflejan, pues, la ambivalencia entre representarse diferentes e integrarse en la corriente mayoritaria del mundo adulto por el que se desea ser reconocido/a. Como ya se ha expresado respecto a otras necesidades humanas, los esfuerzos de originalidad chocan con la pobreza de posibilidades de expresión y transformación. De ahí que el consumo y la moda adquieran un papel compensatorio de primer orden, también en los sectores populares, que se extenderán hacia la vida adulta, aunque de momento favorezcan canales de diferenciación.

Familia, escuela y barrio en el ESTAR de los niños y niñas

El análisis de los espacios donde niños, niñas y adolescentes tienen la posibilidad de satisfacer cada una de sus necesidades, nos introduce a la dimensión probablemente más sensible en la actualidad para entender la “calidad de vida”. Para José Balbino León () *“cada ser humano tiene necesidades o requerimientos de muy diversa índole que debe cubrir para poder alcanzar un cierto grado de bienestar (otro término de difícil definición) que podemos entender como la satisfacción de sus demandas en función del ambiente donde vive”* (p.26).

En nuestro caso, la perspectiva ambiental adopta el perfil específico del medio urbano, donde los déficits ecológicos se

interrelacionan con las expectativas de ciudadanía como expresión máxima de Derecho y colectividad organizada.

La masificación extrema de las grandes ciudades, fruto de la emigración acelerada del campo a la ciudad crea en pocas décadas, en el caso de Santo Domingo, una urbe segregada a partir del crecimiento físico del extra-radio, así como del hacinamiento a lo interno de los barrios tradicionales.

Por ello, para garantizar la Subsistencia, las carencias de servicios básicos no son una problemática temporal de barrios emergentes de la periferia, sino que se constituyen en una situación estructural que afecta por igual a barrios céntricos como Villa Francisca, cuyos patios y viviendas fueron sucesivamente fragmentados para convertirse en callejones y cuarterías de vecindad.

A nivel familiar, la presión ocupacional, encarece los espacios, en cuanto a su alquiler y compra, y reduce al mínimo – muchas veces a niveles increíbles – los metros cuadrados disponibles por persona para el desenvolvimiento de actividades cotidianas. Se hace frecuente entonces, el compartir habitaciones y camas, con el menoscabo a la privacidad que esto supone.

El desarrollo de estas condiciones espaciales favorece una socialización de lazos muy intensos, donde lo privado cede terreno a lo comunal, de forma obligada. El espacio del hogar está habilitado, en muchos casos, prácticamente para dormir y realizar actividades tan “pasivas” como ver televisión (lo cual muchas veces se hace desde la cama). El espacio es tan pequeño en muchos hogares, que hasta el comer puede ser más cómodo llevarlo a cabo en una “banquetica” fuera del hogar (en el patio común) que en la estrecha y calurosa sala.

La precariedad del “ranchito” de madera y la extrema cer-

canía con la vivienda colindante reduce el número y amplitud de ventanas, por motivos de seguridad y estructurales, motivando también esto a estar más fuera de la casa que dentro. Esta circunstancia física obliga, salvo la ocasión de una lluvia torrencial, o durante el descanso nocturno, a mantener abierta permanentemente la puerta del hogar, en menoscabo de la privacidad, que realmente se sitúa tras la cortina de la puerta de la habitación(es).

Cela (1998, p.62) reseña esta circunstancia planteando cómo *“el resultado de esta reducción del espacio vital no es sólo el hacinamiento, sino también el cambio de significado de los espacios. Al reducirse el espacio vital aumenta el espacio ajeno, en el que somos extraños (...) Por eso se valora el espacio familiar: la casa propia. Entonces, el espacio del yo, la corporalidad, adquiere un valor diferente. Es casi el único espacio de la privacidad personal. Todo otro espacio es compartido. El cuerpo ocupa su espacio (...), lo domina teatralmente con sus gestos como si se posesionara de él. Por eso la coreografía cambia al entrar en el espacio ajeno. Basta con ver caminar en la calle, con cuadro y señorío (...). Diferente al movimiento esquivo y arrinconado en los espacios ajenos, como quien pisa tierra extraña y quiere pasar desapercibido”*.

Dos de los lugares relacionados con la subsistencia cotidiana donde esto se pone de manifiesto son el colmado y el supermercado, como exponentes del pequeño, mediano y gran comercio. En los últimos años, la acumulación de capital proveniente de la actividad comercial, junto con la entrada de capital internacional a mayor escala, ha favorecido el surgimiento de centros comerciales a gran escala. Mientras, el mantenimiento de una economía de subsistencia, en la que una familia sólo tiene para gastar el “diario” que ingresa el/la cabeza de familia “buscándosela” (en la venta ambulante o

pequeños servicios por paga, por ejemplo), ha permitido la pervivencia del colmado hasta lo más recóndito de cualquier barrio.

Los niños/as y adolescentes suelen ser los canales preferentes de gasto en el colmado del micro-presupuesto diario de comida y cena. En el colmado se socializan en las habilidades de regateo y disimulo ante la solicitud de crédito (el “fiao”), la queja por los precios (siempre) altos, o la defensa del turno arrebatado. Pero, junto a la actividad económica, también en el colmado se encuentran con conocidos/as, especialmente las adolescentes más reclusas en la casa. En el colmado niños/as y adolescentes reciben también el modelo de conducta de los/as adultos/as : el juego y la desconexión del momento de descanso, la pena familiar, o la alegría, que se proclama, el piropo machista o el regalo de la golosina.

El supermercado en cambio, ofrece el aspecto de formalidad que convive en la cultura dominicana, como ya hemos comentado, con casi toda actividad informal. En el caso, claro está, de los supermercados de barrio, de no gran tamaño, la formalidad es menor. Para niños y niñas, como quiera, siempre es una fiesta “ir al super”, ayudando a los/as adultos a encontrar muchos artículos sabrosos, en medio de los largos y organizados pasillos. La pérdida del “cuadre” que refiere Cela, es por ello más notoria en los supermercados de clase alta, lejanos al barrio, y escasamente frecuentados por personas de barrio, debido a sus precios y a esa percepción de lo ajeno.

Ilustrando estas conductas diferenciadas, queremos recordamos aquí las palabras del padre Santiago Hirujo, en una de sus históricas homilías en Sabana Perdida, cuando en mayo de 1994 (meses antes de su muerte), en la semana previa a las elecciones, una vez más se preludiaban enfrentamientos vio-

lentos. El padre Hirujo expresaba (en palabras textuales) su “vergüenza” por el modo en que en los supermercados de clase alta, los “ricos” abarrotaban los carritos de la compra, en previsión de incidentes que obligaran a cerrar los comercios tal vez por varios días. Criticaba sobre todo las “artimañas” comerciales que pudieran estar detrás de estas actitudes, induciendo también esta ansiedad en los sectores sin ese poder adquisitivo.

Frente a esta (manipulada) histeria colectiva, Hirujo animaba a la comunidad cristiana a recordar que, aun en los momentos más duros de enfrentamiento social, cualquier vecino de barrio podría tocar la puerta trasera del colmadero – quien muy habitualmente vive donde trabaja – , para que éste le surtiera de lo necesario. Así, Hirujo situaba el papel de la solidaridad entre los más pobres, precisamente desde aquéllos que también muchas veces “se aprovechan” con los precios, como son los colmaderos.

En relación a la necesidad de Protección, el colmado es un espacio que también arroja algunas reflexiones. Una gran parte de los empleados de muchos colmados de los barrios de Santo Domingo son adolescentes o jóvenes que casi acaban de dejar de serlo, y que desarrollan jornadas de trabajo de hasta 15 y 16 horas, llegando a dormir en la trastienda del local. Para muchos jóvenes provenientes del medio rural, así como del fracaso escolar, ésta es la vía para intentar huir de la pobreza dando el gran salto a la ciudad.

Para los administradores y/o dueños de colmados el acoger a un empleado en estas condiciones puede constituir una muestra de su benevolencia para ayudar a un joven a “progresar”, desarrollando un sentido protector, ambivalente, similar al de las familias que traen una niña del campo para “ayudarla”, introduciéndola en el trabajo infantil doméstico,

ya reseñado. Por estas razones, y por la complejidad de las razones en juego, indudablemente resultan necesarias investigaciones que aborden el “colmado” como unidad de estudio antropológico, en relación a la satisfacción de las necesidades humanas.

Las prácticas de trabajo “a destajo”, por encima de la legalidad, pueden resultar “protectoras” si suponen a los individuos salir de un caos mayor, como el de la falta de estabilidad laboral. En realidad, el sistema capitalista siempre se ha aprovechado de esto, a nivel micro y macro.

Las situaciones caóticas frente a las cuales el sujeto reclama protección son muy visibles en ese espacio barrial que configura una visión de “lo ajeno” tal y como describe Cela. La visión de un vecindario acogedor, incluso en su vertiente tradicional de control social, está a un paso, en cambio, del sentido de protección ligado a la construcción de ciudadanía.

Por eso, en los barrios pobres de Santo Domingo, donde la acción y presencia del Estado es débil (excepto en el caso de la policía, con quien muchos ciudadanos/as no se identifican), la calidez y solidaridad humana del vecindario configura la visión de protección en el marco del espacio colectivo. A un nivel más complejo, estas posibilidades se potencian desde las ONGs y otros espacios organizados de la sociedad civil (iglesias, fundaciones, células de partidos, asociaciones, clubes...), quienes también están empezando, sin apenas formación específica, a ofrecer propuestas socio-educativas a la niñez y adolescencia.

Estas organizaciones generalmente se preocupan por temas muy cercanos al vecino o vecina del sector : la calidad de los servicios públicos, las áreas verdes, la seguridad ciudadana, el arreglo de calles, el “encache” de cañadas... Aunque en estos procesos los niños/as y adolescentes no suelen ser protagonis-

tas (se trata de organizaciones de personas adultas), sí son grandes beneficiarios de los logros comunitarios. Así mismo, muchas de las acciones vecinales tienen su origen en la sensibilidad de los padres y madres hacia el bienestar inmediato de sus hijos e hijas. Por ejemplo, ante las tragedias frecuentes de que un niño/a pequeño/a se caiga en un hoyo abierto en la vía pública, o que se electrocute con un cable de alta tensión fuera de sitio.

En este sentido, la iniciativa de protección más esperanzadora que ha surgido a nivel comunitario en República Dominicana, la constituyen los Comités Pro-Derechos de la Niñez, los cuales han surgido paralelamente a la iniciativa de los Municipios Amigos de la Niñez, bajo la animación del UNICEF. Surgidos a partir de 1994 (fecha de la promulgación del actual *Código de protección a NNA*), se hayan ya creados en los municipios de Azua, Baní, San Juan de la Maguana, San Cristóbal (Región Sur), Bayaguana, La Romana (Región Este), Cotuí, Nagua, Moca (Región Norte-Cibao), así como en Santo Domingo capital.

Como reconoce una guía divulgativa publicada por UNICEF y los ayuntamientos (2001, p.10), *“los miembros de la comunidad pueden ser los mejores amigos de los niños, niñas y adolescentes que sufren abuso. Desde los vecinos que pueden oír o ver los abusos que ocurren, hasta los maestros y maestras que pueden percibir sus señales en las historias que se cuentan en la escuela, la comunidad tiene una gran responsabilidad, llenando el vacío dejado por las grandes familias de antes, convertidas hoy en un núcleo compacto de familiares trabajadores”*.

Todo lo planteado, enfatiza también el papel primordialmente protector, aunque no exclusivo, de la familia, sobre todo si es tan flexible como para identificarse con las necesida-

des e intereses de todos sus miembros, especialmente de los niños/as y adolescentes, como los más vulnerables. En este sentido, a pesar de las dificultades para el desarrollo de la paternidad y maternidad responsable, en el marco de la lucha por la subsistencia, el socavamiento de la legitimidad social de la estructuras patriarcales ofrece mayores posibilidades de construir la equidad social, también de género, desde la propia familia.

No en vano, en gran medida las causas de muchos abandonos del hogar en niños/as y adolescentes, y su exposición a situaciones de riesgo tienen que ver con abusos e inequidades dentro del hogar, que lo llegan a convertir en ocasiones en un ámbito tan poco protector como su entorno. Estas situaciones comunes a muchas familias estructuradas y desestructuradas se relacionan con las carencias afectivas que analizábamos al inicio de este trabajo, y que se entienden en un contexto de proximidad espacial tan obligada, pero sin intimidad. Ni siquiera para hacer el amor, pues el hacinamiento en muchos hogares pobres obliga a que hijos o hijas duerman durante años en el mismo aposento que sus padres, lo cual, en situaciones de alteración de valores fundamentales, se relaciona con situaciones de abuso sexual encubierto dentro de la familia.

¿ Cómo este “mundo dual” estructura el entendimiento de los niños/as y adolescentes ? Para Cela (1998, p.63), *“la percepción del mundo como dividido entre el propio y el ajeno conforma una visión de una sociedad dual donde la vida se actúa de manera diferente. No se perciben como dos sociedades, sino como una con dos caras, una propia y otra ajena. Pero donde la cara propia lleva las de perder”*.

En relación a las mediaciones ambientales que contribuyen directamente a estructurar el entendimiento, podría de-

cirse que el deseo – necesidad – infantil de aprender es de tal intensidad, que no repara en la precariedad de su entorno. ¿Cómo, si no, evaluar los entornos de aprendizaje formal de un niño/a de un barrio pobre de Santo Domingo?

Empezando por el hogar, ¿habitación propia para “concentrarse” a estudiar? ¿Cómo, si ni siquiera ese espacio propio existe para dormir o bañarse? A pesar de todo, la cultura popular adapta soluciones creativas. Así, la necesidad de apoyar el rendimiento académico es asumida por miles de “escuelitas de patio” y “salas de tareas”, que, a pesar de las limitaciones formativas de las personas a cargo, representan una valoración del saber elaborado como una de las pocas expectativas de ascenso social.

Bajo parecida consideración podrían ubicarse los centros o academias de estudios técnicos (idiomas, informática, belleza...), con ambiciosas denominaciones (“*Instituto Nacional...*”) y supuestos reconocimientos oficiales, que por doquier surgen en los barrios ofreciendo los más inverosímiles títulos.

Una vez más, el sistema educativo formal encierra los espacios de mayor potencialidad al respecto, al contar con las infraestructuras más amplias en los sectores populares. Nos referimos por ejemplo, a las bibliotecas, que a pesar del descuido tan extendido, son los únicos enlaces del saber elaborado entre el ciudadano/a de barrio y la propia Biblioteca Nacional del país u otras universitarias o estatales, que también suelen lucir plagadas a diario de escolares. Es tal la potencialidad de muchas de estas bibliotecas escolares, que podemos afirmar que su acervo bibliográfico, aunque desorganizado y fragmentario, daría para mucho más, si los requerimientos de tareas académicas abocaran al estudiante a mayores retos intelectuales.

Comentario aparte merece la apertura de aulas virtuales (laboratorios de informática) en los liceos del país, a partir de 1997. A pesar de las limitaciones en su extensión y uso (en principio el programa ha establecido el intranet como *media*), la implantación de este recurso abre cierta posibilidad de reducir el acceso diferencial a la tecnología a que ya nos hemos referido. Además, posiciona a los centros educativos públicos (sobre todo mediante estrategias docentes intelectualmente complejas) en un área de intereses de niños/as y adolescentes en el que le habían tomado la delantera las instituciones ya mencionadas que ofrecen en los barrios cursos de educación no formal.

Por último, no queremos dejar de citar una vez más al colmado como un espacio clave de la socialización barrial, esta vez en relación a la construcción del entendimiento. Ese espacio tan ligado a la reproducción de estereotipos de la identidad tradicional, es a la vez, puerta de entrada de la globalización que permite la actividad comercial, en estrecha alianza con la publicidad televisiva.

En efecto, de la importancia de estas micro-empresas en la conformación de mentalidades colectivas, habla por sí solo el protagonismo creciente que ocupan en los spots comerciales, donde los “tipos” populares (especialmente mujeres y niños/as) son los “beneficiarios” más habituales de las bondades de cada producto. A través de este colmado, “modernizado” (diversificado) en su oferta, aunque no siempre en su estructura física, muchas familias dominicanas de los barrios conocen, mucho antes que en los grandes centros comerciales, nuevos productos que marcan innovaciones en pautas de consumo, y hasta de relaciones inter-personales, como las extendidas tarjetas de celulares.

Mientras, el aceite y la mantequilla, la salsa y las sopitas

(pastillas de caldo artificial), siguen llegando, muy detalladas, con dificultad, a las cucharas, confirmando la dualidad de este mundo globalizado.

La necesaria Participación, que permita conjugar el espectro de la exclusión generada por la estructura socio-económica injusta, se garantiza, pues, con más coherencia en aquellos espacios generados desde los propios sectores populares.

Ya que los espacios barriales organizados (ya mencionados), están conformados por personas adultas, y los espacios de participación escolar ya han sido comentados, vamos a detenernos brevemente en otros dos espacios no formales habituales en los barrios.

El primero de ellos es el de los cumpleaños, que en su vertiente de satisfactor de la necesidad de Afecto, ya ha sido objeto de nuestra atención. Pero en una dimensión espacial, el ESTAR de la niñez y adolescencia se hace especialmente visible en la celebración de cumpleaños en los barrios. Con ese poder identificador que tan bien articulan los sectores populares respecto del ocio, los cumpleaños alteran la territorialidad temporalmente, como celebración de la vida, de modo parecido a como los “velorios” conmemoran la muerte.

Bajo un toldo, si hace mucho sol, al aire libre, en el frente de la modesta casa, los mejores años, económicamente hablando, de muchas familias dominicanas, son “exhibidos” simbólicamente a través del “triumfo” que representan sus hijos e hijas. La aglomeración de vecinos/as y familiares, con quienes se troceará hasta el infinito el tradicional bizcocho, tolera incluso, en día domingo, la interrupción del tránsito en la calle del barrio por unas cuantas horas, a lo cual ayuda el sin número de sillas alquiladas y/o prestadas.

A pesar de que toda la agotadora logística del evento social y el diseño general de la actividad recae sobre la mamá u otro miembro de la familia, hay que reconocer que éstas son ocasiones de intenso gozo infantil, a pesar de las cansonas sesiones de fotos y los nervios de los mayores. A pesar de todo ello, los niños/as gozan en esta actividad, que constituye una de las escasas oportunidades de animación hacia la niñez de los barrios, de forma autogestionaria. En su afán por “satisfacer” a propios y extraños, las madres y familiares inventan rifas, y contratan payasos (en las familias con más medios) para entretener y contribuir al deseado “efecto demostración”. En este sentido, hay que considerar que muchos de estos eventos sociales son costeados con ayuda del dinero enviado por familiares directos en la emigración.

De la importancia de los cumpleaños nos habla el hecho de que su planificación, con valores alternativos haya sido tomada en cuenta por ONGs que trabajan con la niñez más excluída.

El otro espacio que tradicionalmente ha ofrecido una oportunidad a la agrupación de niños/as y adolescentes, lo conforman las iglesias, dentro de sus actividades proselitistas dirigidas a todos los núcleos generacionales. Así, mientras la iglesia católica trabaja en grupos de catequesis de iniciación y consolidación de compromisos y militancia, las iglesias evangélicas desarrollan una actividad familiar bajo el formato de “escuelitas dominicales” o “escuelas bíblicas”. En uno y otro caso, el estilo de inter-acción con niños/as y adolescentes responde a la propia dinámica de cada confesión.

Una gran parte de esta clientela religiosa se agrupa en estos espacios, influído por las creencias de sus padres, y en este sentido, los pequeños también reflejan la diversificación de opciones creyentes de la propia sociedad. Así, según la en-

cuesta *La Voz de los niños, niñas y adolescentes* (2000, p.9), sólo un 17% participa en grupos religiosos, frente a un 27% que lo hace en grupos deportivos, un 4% en grupos musicales, y un 12% en otros tipos de grupos.

Mientras que un gran porcentaje de la participación en grupos deportivos (fuera de escuelas, liceos y colegios) está fuertemente canalizada a los entrenamientos de los varones desde edades tempranas en equipos de beisbol (esperanza de ascenso social, no lo olvidemos), los grupos religiosos representan una gran oportunidad, tolerada por las familias, para que las niñas y especialmente las adolescentes, puedan salir de la vigilancia directa de sus padres e interactuar con sus iguales del otro sexo. Esto incluso, en ocasiones como retiros, llega a permitir amanecer fuera del hogar, ya que se confía en la dirección de los adultos responsables.

Independientemente, pues, de la posibilidad de que en estos espacios, se ofrezcan contenidos liberadores a nivel personal y social, como fue divisa hace una o dos décadas, a través de grupos como las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), es cierto que estos espacios están contribuyendo, tal vez de forma poco consciente, en relación a sus objetivos de “evangelización”, a la maduración socio-emocional de la niñez y adolescencia dominicana. Y una vez más, las escuelas y liceos se quedan relegadas en parte de su responsabilidad.

Como apuesta de ocio, los espacios que hemos citado también dinamizan el ESTAR de la niñez y adolescencia, aunque son desbordados por muchos otros espacios que suponen opciones improvisadas al aire libre. Una vez más, para los pobres, la calle es lo más asquible porque es lo más barato. La calle es invadida, en los lugares con menor presión vehicular, por canchas y plays improvisados para juego de baloncesto y pelota (beisbol), respectivamente. También un

pedazo de la calzada puede ser utilizado para pintar los cuadros del “trúcamelo” sobre el que saltan niños y niñas.

Pero la escasez de espacio provoca un aprovechamiento inaudito de cada metro cuadrado. A veces, paradójicamente, son las alturas los espacios más saturados en la explosión de color y destreza que aportan las chichiguas (cometas). La saturación provocada por el tránsito vehicular y el tendido eléctrico obliga a muchos niños y adolescentes a la peligrosa opción de ocupar azoteas de viviendas, o, en el caso de Villa Francisca, el techo de la escuela, lo cual ha provocado desde hace años numerosos accidentes.

Un lugar muy tradicional de la niñez dominicana para volar chichiguas lo constituye el malecón o paseo marítimo, y más recientemente, la avenida del extenso y largo parque Mirador Sur (7 Km.). Los últimos ayuntamientos han liberado horarios en estos dos espacios públicos, durante el fin de semana, para favorecer actividades recreativas, suspendiendo el tránsito rodado.

En suma, lo que la búsqueda de estos espacios de ocio confirma es la necesidad de que la ciudad vuelva a ser “vivable”. Norberto Bobbio, en el prefacio a la señera obra de Tonucci (1998, p.14) *“La ciudad de los niños”*, recupera esta convicción, a través de su propio testimonio de infancia : *“Bastaba bajar las escaleras para llegar a nuestra sala de juegos. No había ningún peligro. Bajábamos solos. Jugábamos en la acera. Nuestros juegos eran juegos de aceras. Y ahora, en la ciudad, esos juegos han desaparecido”*.

El caso es que para muchos niños y niñas de los barrios de Santo Domingo, estas actividades se han mantenido, a pesar del riesgo de permanecer en la calle, y la reducción de los espacios seguros. Para muchos la posibilidad de acercarse al Malecón o a un parque es muchas veces innecesible, por la

falta de presupuesto familiar para tomar transporte público (muchas familias no tienen vehículo) y la escasa importancia que se le concede a salir de recreo toda la familia.

Por ello, los callejones y patios de vecindad de muchos barrios adquieren una importancia espectacular para el disfrute, limitado, de miles de niños y niñas. Algunos se arriesgan a vivir aventuras en lugares excitantemente “prohibidos”, como las orillas del río Ozama, y las playas del Malecón, altamente contaminadas, emulando experiencias de sus padres y abuelos. No obstante, ya se ven pequeñas piscinas portátiles en algunas casas de barrio, que contribuyen a aliviar la sed de juego infantil.

En la última década, la peatonalización de la calle El Conde, como núcleo del casco histórico de la ciudad, ofrece un esfuerzo de democratización de las oportunidades de ocio sin precedentes, a la vez que de preservación de la identidad. Como muestra de que son los sectores populares quienes más se benefician del disfrute de esta arteria peatonalizada, contrasta, en cambio, que los más recientes bulevares erigidos en el entorno de las avenidas 27 de Febrero y Winston Churchill, entre “exclusivos” sectores de clase alta, lucen casi vacíos de público, en un entorno donde a partir de los 16 años muchos jóvenes “manejan” o poseen vehículo.

En este contexto del Conde, así como en las plazas comerciales del sector “27-Churchill” se han hecho muy populares los “fun-tásticos”, o salones de máquinas electrónicas de recreación, cuyo denominador común es el ruido y el exhibicionismo violento, compartiendo estereotipos televisivos y de los nintendos (play-stations).

Por último, los últimos años han presenciado en nuestro país el auge de las franquicias (licencias) de comida rápida, a la par que la consolidación de algunas cadenas criollas de co-

mida y helados. El atractivo de la niñez como cliente en estos espacios ha popularizado el diseño de espacios de recreación vistosos y seguros. Atractivos toboganes-laberintos, castillos de goma, etc., son algunos de los 'play-place' que se han hecho frecuentes, aunque suponen la "democrática" mediación del consumo para su disfrute. Este factor, unido a que estos negocios son más frecuentes en los sectores más acomodados, alejan esta opción una vez más de los sectores más empobrecidos, cercanos a los cuales tampoco se ubican siempre los escasos parques infantiles tradicionales de parques públicos.

La Identidad fragmentada es el resultado a la postre de la especialización urbana que hemos ido parcialmente describiendo, más desde la experiencia de los sectores populares, y que desde la más tierna infancia se siente y auto-asume como la segmentación entre "barrio" y "no-barrio". Para Tonucci (1998, p.23), esto responde a que la ciudad *"ha renunciado a ser lugar de encuentro y de intercambio y ha optado por la separación y la especialización como nuevos criterios de desarrollo. Separación y especialización de los espacios y de las competencias : sitios diferentes para personas diferentes, sitios diferentes para funciones diferentes"*.

Esta realidad, que Tonucci critica por su carácter atomizante, en un contexto desarrollado como el europeo, se agrava en el caso de Santo Domingo, debido a la pauperización de los barrios históricos, o al surgimiento de barrios en el extra-radio de la capital, en las últimas cuatro décadas, tal y como explica Lozano en su texto *"La urbanización de la pobreza"* (1997).

Como síntesis de muchas de las afirmaciones vertidas a lo largo de este trabajo, podemos entender hasta qué punto la vastedad territorial de una ciudad donde el Estado no garan-

tiza un sentido común de ciudadanía, ni los servicios públicos que afirmen este sentimiento, y donde tampoco hay consolidadas organizaciones comunitarias que permitan esta identificación, resulta comprensible que la ciudad donde se vive resulte una realidad emocionalmente más lejana que el mundo de la telenovela o las calles del país que siempre sale en las películas. Mientras que en ese país viven algunos familiares cercanos que están triunfando materialmente, la ciudad propia (como el país) es un escaparate de posibilidades al alcance sólo de unos pocos.

Esta distancia y desentendimiento de la realidad, especialmente desde los niños/as y adolescentes, que están creciendo en la última década, y que han visto ya transformada la ciudad mediante faraónicas obras viales, contribuye a una anomia entre el pasado y el futuro que compromete peligrosamente la posibilidad de un proyecto nacional propio.

Por eso, ya que la fragmentación urbana constituye un fenómeno irreversible a corto plazo, es necesario revitalizar y dignificar la vida de los barrios, donde no obstante las carencias existe un micro-mundo plagado de sentido para miles de familias, gracias a las redes de solidaridad humana tranzadas entre cada generación.

Una propuesta desde la micro-historia es reivindicada, en la más radical propuesta de identidad por Marcio Veloz Maggiolo (1988, pp.85-86), quien, como nativo de Villa Francisca y erudito arqueólogo, conflictúa el pase de otra "página en blanco" de la identidad dominicana, al confirmar que, con las obras de construcción de la Avenida Méjico (1992), por parte del gobierno de Balaguer, además de partir a cuchilla el tejido socio-urbano de Villa Francisca y San Carlos, se sepultó con asfalto el yacimiento de los primeros pobladores de la zona.

Ese primer poblador reivindicado “vivía desnudo o casi desnudo. El conchal encontrado cerca del Timbeque era interesante. La fecha era 600 antes de Cristo, según las pruebas de radiocarbono facilitadas por el Museo del Hombre Dominicano en 1978. Yo mismo participé en las excavaciones y podía y puedo comparar el actual lugar con el que había hace más de 2000 años. La excavación demostraba que en los edificios que construyera allí el gobierno de turno y debajo del edificio número 8, en el que es hoy “puente de las bicicletas” están las partes más importantes (...) Te preguntarás qué de importante tiene el conocer el pasado de un barrio (...); el saber quién pisó por vez primera un territorio; te digo, sin embargo, que toda huella humana es permanente; que todo grito lanzado al aire queda sellando para siempre el espacio (...). Cada acción, por insignificante que fuera, dejó huellas en la historia de la humanidad. (...)”. Para Veloz Maggiolo, en suma, la identidad de ese ancestro milenario del ser humano dominicano (que también fue niño/a y adolescente) con el actual poblador de nuestros barrios “hay que encontrarla en la lucha por la supervivencia, y en el dominio de la realidad.”

Finalmente, la Libertad como necesidad humana básica se nos queda en un respetuoso silencio por esta vez, fruto, a nuestro entender, de las discontinuidades del proceso histórico dominicano, tan plagado, como en cualquier país de América Latina de modelos contemporáneos de coherencia más con el ideal que con la práctica. Las frustraciones sociales, el mito de la revolución incompleta, la democracia clientelista, las carencias formativas, la dependencia económica, la sangría del exilio económico de la emigración, ... posiblemente forman parte de un ideario colectivo en el que “libertad” pervierte su sentido originario.

Como sabemos, las prácticas autoritarias heredadas de la

dictadura trujillista y neo-trujillista de Balaguer, están enraizadas en lo más hondo de la cotidianidad dominicana, y golpean especialmente a niños/as y adolescentes. Pero en este trabajo nos hemos referido ante todo a potencialidades y satisfactores (a veces pseudo-satisfactores), más que a carencias y vías muertas.

De la complejidad de la práctica de la libertad entre los pueblos empobrecidos, lo cual ameritaría un trabajo exclusivo, da fe la controversial admiración popular hacia el cercano modelo cubano y sus logros materiales, aunque su aplicación en República Dominicana (en parte debido a la propaganda contraria), no se desee, ya que impone también una disciplina desconocida. Mientras, cada día los y las escolares dominicanos/as prosiguen su socialización inaugurando su jornada escolar con los versos del Himno nacional, que en su tercera estrofa reza así :

*“...Ningún Pueblo ser libre merece
si es esclavo, indolente o servil,
sin en su pecho la llama no crece
que templó el heroísmo viril...”*

¿Merece algún Pueblo no ser libre, por más errores de dependencia que asuma? Palabras duras, pues, desde la perspectiva de los y las empobrecidos/as de República Dominicana, cuya vida cotidiana, sin embargo, está plagada de gestos inauditos de heroicidad, como auténticos y anónimos pilares de la Patria. Palabras duras marcadas por el discurso de la dominación, que perpetúa todas las dominaciones, y que marca, encima, con el estigma de la auto-culpa a los sectores oprimidos.

Hasta aquí nuestro análisis, siempre como aproximación respetuosa desde perspectivas poco frecuentes. Cualquier comentario sobre lo incompleto de todas estas proposiciones, más que como cuestionamiento, serán entendidas como elogio a este trabajo. De no ser así, poco cabría afirmar de la inagotable riqueza y complejidad que, como todo pueblo, ostenta el pueblo dominicano, también desde la perspectiva de sus niños, niñas y adolescentes.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAREZ, J.L. y otros (2000) : *Educación dominicana y construcción del conocimiento*. INTEC, Santo Domingo, p.117.
- AA.VV. (1998) : *Ley 14-94. Código para la protección de Niños, Niñas y Adolescentes/ Convención internacional de los Derechos del Niño*. Santo Domingo, Organismo Rector.
- AA.AA.(1999):*República Dominicana: Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 1999*. Santo Domingo, PNUD/ CEPAL.
- AA.VV. (2000). *La cruda verdad sobre los niños. Resultados de la encuesta La voz de los niños, niñas y adolescentes dominicanos*, en *Rumbo*, Santo Domingo, junio del 2000, n° 333.
- CELA, J. (1998). *La otra cara de la pobreza*. Santo Domingo, CES. 2ªed.
- COALICION DE ONGs (2000) : *Informe alternativo de las ONGs sobre el cumplimiento de los Derechos de los niños, niñas y adolescentes establecidos en la Convención sobre los Derechos del Niño*. Santo Domingo, Mimeo.
- D'LEON, N. (2003). *Estudio indica trabajo doméstico infantil es denegador de derechos*, en *Listín Diario*, Santo Domingo, 3/2/03
- GOMEZ, C.J. y otras (2002). *El trabajo infantil doméstico en hogares de terceros en la República Dominicana*. Santo Domingo, CIPAF/ SET/ OIT
- GRULLON, A. (1999). *El futuro en surco ajeno*. Santo Domingo, CODETEL/ TELE-ANTILLAS
- HERRERA, A. (2001, Trad. y adapt.). *Areas urbanas amigas de la niñez*.

- Santo Domingo, UNICEF/ Municipios Amigos de la Niñez.
- JIMENEZ, V.(2002) . *Familia chica. Infierno grande*, en *Rumbo*, n° 458, S. D., 11 de nov. de 2002
- KUBLER-ROSS, E (1997). *Conferencias*. Barcelona, Luciérnaga .
- LEON, J.-B. (). *¿Qué significa vivir? El Hombre y su Ambiente*, en *Nueva Sociedad*, Caracas
- LOZANO, W. (1997). *La urbanización de la pobreza*. Santo Domingo, FLACSO.
- MAX-NEEF, M. (1986) : *Desarrollo a escala humana*, en rev. *Development dialogue*, n° especial, Santiago de Chile, Fundación Dag Hammarskjöld/ CEPUR
- MAX-NEEF, M.(1993) : *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Montevideo, Nordan-Comunidad/ REDES (Col. de Elizalde, A. y Hopenhayn, M.)
- POLANCO, T. (2001). *Soldados de hojalata*, en *Rumbo*, Santo Domingo, n° 364, 22/1/01, pp.44-51
- TONUCCI, F. (1998). *La ciudad de los niños*. Madrid, Fund. Germán Sánchez Ruipérez. 2ª ed.
- TRILLA, J. y NOVELLA, A. (2001). *Educación y participación social de la infancia*, en *Revista Iberoamericana de Educación*, n° 26, mayo-agosto , OEI (www.campus-oei.org)
- VALERA, CH. et al (2001, Ed.). *¿Cambia la escuela? Prácticas educativas en la escuela dominicana*. Santo Domingo, FLACSO-/PREAL-UNICEF.
- VELOZ, M. (1988). *Materia prima. Protonovela*. Santo Domingo, Taller.
- VELOZ, M. (1998). *El jefe iba descalzo*. Santo Domingo, Alfa y Omega, 2ª ed.
- VELOZ, M (2002). *Santo Domingo, tradiciones, juegos y modernidad*, en AA.VV., *Santo Domingo, elogio y memoria de la ciudad*, S.D., Codetel, colección popular
- ZAITER, J. (1998). *Pensamiento social e identidad nacional dominicana*, en *Ciencia y Sociedad*, vol.XXIII, n°4, oct-dic., pp.553-561.